OLEXANDR
DOVZHENKO

El
Desná
Encantado

Olexandr Dovzhenko

El Desná Encantado

OLEXANDR
DOVZHENKO

EL DESNA ENCANTADO

RELATO

Editorial "Dnipró"
Kiev — 1972

Олександр Довженко

ЗАЧАРОВАНА ДЕСНА

Повість

Іспанською мовою

Traducido
del ucraniano
por ROMAN GUPALO

Impreso
en la RSS de Ucrania

OLEXANDR DOVZHENKO (1894 — 1956)

La cultura soviética en general y en particular la cultura ucraniana soviética, tienen de que enorgullecerse en la totalidad de sus esferas. En el curso del breve y tempestuoso lapso transcurrido desde las jornadas de Octubre hasta nuestros días, en medio de las tormentas y llamas de la lucha contra la contrarrevolución, contra los agresores foráneos y en medio del fervor de un laborar heróico y del entusiasmo de la construcción de una vida nueva, nuestro pueblo ha creado joyas de la cultura que han pasado a formar parte del más rico acervo cultural de toda la humanidad.

La cinematografía soviética merecidamente ha adquirido fama mundial. En la constelación de nombres de nuestros cineastas fulguran como uno de sus más diáfanos luceros el nombre de Olexandr Dovzhenko. Me refiero a él como a un maestro del cine ya que es precisamente en esa esfera de la cultura donde creara más Dovzhenko, es precisamente ahí donde más esplendidamente se manifestara su talento magnífico y es precisamente ahí donde se justificaran las palabras que más de una vez escuchara y pronunciara yo mismo: en este hombre hay la huella de la genialidad. Pero Dovzhenko no era de las personas que pueden ser encerradas en los marcos de una profesión, de los que se limitan íntegramente a una profesión determinada. El fue una poderosa individualidad creadora, fue un hombre de avanzada.

En Kiev, en las inmediaciones del edificio de los estudios cinematográficos que llevan el nombre de O. P. Dovzhenko, ha crecido un hermoso

jardín de frutales. Las sonrosadas manzanas y las peras ambarinas deleitan la vista de los visitantes en los buenos días de verano. Este jardín lo plantó,— yo diría mejor, le entregó su alma — Olexandr Dovzhenko. El vivió enamorado de la jardinería, él quería que toda la tierra se transfigurara en un espléndido jardín.

El siempre consideró su infatigable trabajo, su faena de gran artista como un servicio a las gentes, como un culto al pueblo. En uno de sus artículos, Olexandr Petrovich escribiera: "El partidismo del artista — ciudadano, su pasión por los intereses vitales del pueblo, su capacidad para amar y odiar junto con su pueblo, es la primera e imprescindible condición sin la cual el artista no puede encontrar su tema, su método en el arte".

Olexandr Dovzhenko fue hombre de talento pasmosamente amplio en lo que recordaba a los artífices de la época del Renacimiento. Acercaba a Dovzhenko tanto a los artistas renacentinos como a los de la escuela del romanticismo o de carácter romántico y a todos los cantores a una existencia fogosa y llena de vitalidad, el gusto por los tonos vivos y los contrastes expresivos y el amor al mundo palpable con su infinito juego de colores y claroscuros lleno de vibrante y cálida belleza. El mismo escribió en su mayoría los guiones para sus películas. Esto es comprensible ya que el fue un escritor de alta fibra y gran originalidad dotado de un profundo sentimiento dramático. Fue él un artista entero, un innovador de los pies a la cabeza al que le era imposible imitar en su quehacer a cualquier otro individuo por más talentoso que aquel fuese. El veía el mundo a su manera y quería representarlo a su

modo y lo hacía como autor de guiones y como realizador en la pantalla. Constantemente él convocaba a los escritores a trabajar para el cine, la más influyente y comprensible de las formas del arte, para las amplias masas.

No obstante considero que aunque anduvo toda su vida por caminos vírgenes, Olexandr Dovzhenko — y que esto no parezca contradictorio-sentía con fuerza inusitada la influencia sobre su individualidad, de las grandes tradiciones del pasado. El sabía aprender y entre sus maestros hay que mencionar ante todo a Gogol, cuya obra dejara asimismo una enorme huella en los contemporáneos y camaradas de Olexandr Petrovich: Yuriy Yanovskiy y Ostap Vishnya. El corazón se invade de gran congoja por que Dovzhenko no consumó su aspiración de llevar a la pantalla su obra amada "Tarás Bulba". El "Tarás Bulba" de Dovzhenko se puede considerar como una obra de arte independiente sobre el tema de Gogol.

Todo lo que creara Dovzhenko provocaba un intercambio tan vivo de ideas y a veces tales discusiones como son capaces de originar solamente los grandes y serios fenómenos de la concepción artística. Dovzhenko no dejaba a nadie indiferente. Su "Arsenal", su "Schors", su "Tierra" son himnos exaltados al heroismo humano, al trabajo del hombre, a la profundidad y la pujanza de los pensamientos, sentimientos y pasiones humanas. Su "Desná encantado" es una entrañable narración lírica, plena hasta los topes de amor al país natal, al pueblo trabajador, a su Ucrania con grande aunque doloroso pasado y su magno y venturoso porvenir. Su "Poema al mar" es un poema sobre la infinitud del mar de los caracteres

humanos en toda su complejidad, sobre la vida y obra de las gentes soviéticas, hombres nuevos en una tierra renovada.

En el "Poema al mar" y en sus otros guiones y cintas, así como en sus cuentos y ensayos, no persigue Dovzhenko una apariencia de verosimilitud que algunos tienden a considerar como indicio imprescindible de realismo. Dovzhenko con valentía e intrepidez descorre las fronteras de lo habitual, él conoce profundamente y domina a maravilla el imperio de lo fantástico o de aquello que nos parece fantástico. El no se detiene ante nada y tampoco ante la amarga verdad sobre el hombre. El está pletórico de amor hacia el hombre pero es implacable contra toda manifestación de impureza, deshonor o inmundicia. Dovzhenko dibuja con tintes violentos y crueles a todos aquellos que ponen retrancas al carro de la vida, a aquellos que minusculizan lo mayúsculo de nuestros días, a aquellos que están cubiertos del moho de la mezquindad, el pancismo, el egoísmo, la vulgaridad y la maldad.

En el período de la Gran Guerra Patria, Olexandr Dovzhenko se alzó en toda su estatura no solo como maestro del cine sino también como prosaico — autor de relatos muy agudos y en extremo veraces y como dramaturgo y publicista. Recuerdo la intervención de Olexandr Dovzhenko en el segundo mitin antifascista de los representantes del pueblo ucraniano que tuvo lugar el 30 de agosto de 1942 en Saráfov. Las intervenciones de los participantes del mitin se transmitían por radio a la Ucrania Soviética ocupada entonces por los fascistas. El discurso de Dovzhenko comenzaba así:

"Estoy en este mitin en medio de mis hermanos y una profunda pena e indignación me quema el alma. Miro hacia el poniente, hacia mi madre — Ucrania cautiva. Estoy parado lleno de dolor y zozobra y ante los ojos de mi espíritu se extiende toda, cual gigantesco holocausto, mi Ucrania".

Estas palabras conmovieron. Nosotros sabíamos que las escuchaban clandestinamente nuestros seres queridos, nuestros bravos guerrilleros y veíamos como nuestro Dovzhenko estaba con todo su ser, con toda su alma, allá, junto a sus hermanos y hermanas, en su amada tierra inexpugnable.

Olexandr Dovzhenko fue un apasionado patriota soviético. Dovzhenko, como pocos aún entre los más descollantes artistas y personalidades públicas se caracterizaba por su inquebrantable sinceridad e integridad. Dovzhenko — el artista, Dovzhenko — el hombre y Dovzhenko — el ciudadano, eran una sola cosa, era este un caso de armonía tal, que puede encontrarse raramente.

En su vida, en sus pláticas con los amigos, él fue una personalidad no menos brillante que en su creación.

Yo dije que Olexandr Petrovich era aficionado a la jardinería, pero en realidad, él estaba enamorado de todo lo que significara trabajo humano, creación humana en general. De la construcción de ciudades, la propaganda monumental, la transformación y la conquista de la naturaleza, su defensa y preservación, las bellas artes, la literatura, la canción popular, el teatro, la escuela y la educación de la juventud, acerca de todo esto hablaba no solo con entusiasmo y calor Olexandr Petrovich, sino con hondura de conocimientos. Bastaba solamente escuchar sus puntos de vista sobre

el atrevido plan para la utilización de la energía de los grandiosos ríos siberianos o acerca de la restauración de Kiev y de otras ciudades de Ucrania, para poderse imaginar que Olexandr Dovzhenko, el admirable director cinematográfico y escritor, podría haber llegado a ser un destacado ingeniero o arquitecto. El sabía pensar, según sus propias palabras, en amplia escala. El sabía apasionarse hasta sus últimas consecuencias con la idea que lo seducía. En su autobiografía Dovzhenko escribe que en la juventud él soñaba con ser capitán de navegación de altura. En sentido figurado, Dovzhenko fue capitán de navegación de altura en el transcurso de toda su vida creadora. Se ha conservado su fantástico proyecto de guión acerca de viajes de personas a Marte y de vuelos por los espacios cósmicos, sí, fantástico claro está, pero vemos como la humanidad, su vanguardia — la sociedad soviética — se aproximan cada día más y más a la realización de este sueño fantástico.

En cierta parte de sus notas autobiográficas, Dovzhenko escribe sobre sí mismo cuando era joven: "Yo era una persona generosa, recta y valiente". No es jactancia esta afirmación que en labios de otra persona luciría ostentosa, es la más pura verdad. Como un hombre generoso, recto y valiente y como un creador generoso, recto y valiente, para siempre quedó en nuestro recuerdo Olexandr Dovzhenko.

Maxim RILLSKIY

EL DESNA ENCANTADO

Antes de comenzar este breve relato cinematográfico, su sutor se apresura a hacer una confesión: en su mundo real cotidiano, cada día más y más, comienzan a irrumpir los recuerdos.

¿Qué es lo que los provoca? ¿Los largos años que le separan de la tierra de sus ascendientes? ¿O es que así le pertenece al hombre, de que llegue una hora cuando cuentos y rezos aprendidos en la infancia pasada y lejana, surjan en la memoria colmándola toda, esté donde quiera?

Quizás sea esto y lo otro a la vez, de la misma forma que ese deseo invencible de concebir su propia naturaleza, en sus primeros albores, sus fuentes más profundas, recordando los preciosos juegos infantiles, siempre presentes por ahí en nuestras acciones.

Y las alegrías primeras, y las penas, y los encantos de las primeras aficiones infantiles...

¡Era tan linda y alegre nuestra huerta!... Así, al salir del zaguán y mirar en derredor, era todo verdor y maraña. ¡Había que ver cómo florecían en primavera los árboles frutales! O las hortalizas a principios de verano, pues, los pepinos florecen, los zapallos florecen, florece la papa. Florece la frambuesa, la grosella, el tabaco, las alubias. ¡Y cuánto girasol, armuelle, hinojo, cuánta amapola, remolacha, zanahoria! ¡Qué es lo que no plantaba nuestra incansable madre!

— Nada en el mundo me agrada tanto, como sembrar algo para que brote. Y cuando la plantita asoma de la tierra, es cuando me siento feliz — gustaba repetir.

La huerta se colmaba de tantas plantas, que

a mediados de verano ya no entraban en ella. Se subían una sobre otra, enredábanse, apretujábanse, se trepaban al establo, al desván, arrastrábanse hacia la empalizada y los zapallos colgaban de ésta en la misma calle.

Había frambuesa roja y blanca. Y cerezas, y peras dulces, y comíamos tanto que a veces, el estómago nos parecía un tambor.

Además crecía, lo recuerdo muy bien, mucho tabaco donde, pequeños aun, andabamos como en un bosque; y aquí conocimos los primeros callos de nuestras manos infantiles.

A lo largo de la empalizada, detrás del cobertizo, crecían enormes groselleros, saúcos y otros arbustos para mí desconocidos. Allí ponían sus huevos las gallinas y otras aves menudas, sin que lo sepa mamá. Por ahí andabamos poco. Allí estaba oscuro, aun de día, y temíamos de las víboras. ¿Quién no temía de ellas en la infancia, no habiéndolas visto jamás en su vida?

Al lado de la casa, en medio del jardín, crecían flores y detrás de ella, frente a la puerta del zaguán, junto a los cerezos, con el portillo abierto y cubierto de matas de ajenjo, estaba el viejo sótano, del cual siempre emanaba un olor a moho. Allá, en sus frescos rincones, al anochecer, brincaban los sapos. Sin duda había víboras también.

En el sótano gustaba dormir mi abuelo.

Nuestro abuelo era muy parecido a Dios. Cuando yo rezaba, siempre veía en el rincón de los iconos, su retrato vestido de talar plateado, mientras que el abuelo en persona, yacía en la estufa tosiendo levemente y escuchando mis oraciones.

Los domingos, ante los dioses ardía un pequeño mechero azul, donde siempre se amontonaban las moscas. La imagen de San Nicolás también se asemejaba a la de mi abuelo, especialmente cuando éste se recortaba un poco la barba y se bebía una copa de vodka con pimienta y mamá no le regañaba. San Teodosio más bien se parecía a mi papá. Yo no rezaba por él; usaba barba negra y en la mano ceñía un bastón no sé por qué cubierto con un pañuelo blanco. En cambio el dios parecido al abuelo sostenía en una mano un salero redondo y con la otra, con la yema de tres de sus dedos, hacía como que levantaba un diente de ajo.

Se llamaba mi abuelo, como lo supe posteriormente, Simón. Era alto y flaco, de frente alta, cabello ondulado largo y canoso, barba blanca. Sufría además, de una enorme hernia desde sus tiempos de carretero. Olía mi abuelo a tierra cálida y un poco a molino. Era letrado según la iglesia y los domingos gustaba leer con solemnidad el Salterio. Ni él, ni nosotros no comprendíamos lo leído y esto siempre nos ofuscaba la razón, como un misterio singular poco corriente.

Mi madre odiaba al abuelo, considerándolo "el de los libros negros". Nosotros no creíamos y defendíamos al abuelo de los ataques de aquélla; el Salterio era blanco y no negro, y el encuadernado de cuero grueso era marrón igual que la miel de alforfón o el caño de una bota vieja. Al final, mamá destruyó secretamente ese libro. Lo quemó en la estufa, hoja por hoja, temiendo quemarlo entero para que no explotase por si acaso y reventase la estufa.

Gustaba él de la plática bella y la buena

estrellas, y nosotros seguíamos escuchando con los ojos abiertos, hasta que nos vencía el sueño sobre el perfumado heno, bajo los robles, a orillas del Desná encantador.

El pescado más apreciado por él era la tenca. Y pescaba sin red ni retel, lo sacaba del agua con las manos, como si fuese un mago chino. Se le prendían solos a ellas. Decían que sabía cierta palabra.

En verano se le veía seguido al lado del sótano bien en el sol, especialmente al mediodía, cuando picaba tanto que nosotros todos, el gato, el perro y las gallinas nos escondíamos en el grosellero entre la campanilla o en el tabacal. Era esa su hora predilecta...

Más que nada en el mundo, mi abuelo gustaba del sol. El vivió bajo sus rayos cerca de cien años, sin esconderse nunca en la sombra. Y fue así que en el sol, al lado del sótano, junto al manzanero murió un día cuando llegó su hora.

El abuelo gustaba toser. Y lo hacía a veces tan larga y ruidosamente que no obstante nuestros esfuerzos, burlarlo era imposible. Su tos era oída en todo el caserío; según ella, la gente vieja solía pronosticar el tiempo.

A veces, cuando el sol picaba fuerte, tosía tanto que se ponía azul y aullaba como un lobo o rugía como un león, agarrándose de los pantalones con las dos manos en el lugar donde tenía la hernia y levantaba las piernas enredándolas en el aire igual que un niño.

Entonces el Pirata, que dormía junto a él en la hierba, pegaba un brinco entre sueños, escondíase en la campanilla y desde allí, le ladraba asustado.

palabra. Solía ocurrir que en el camino al prado, cuando alguien le preguntaba cómo llegar a Borzna o Baturin, se quedaba ahí buen tiempo parado y, agitando su látigo, voceaba al viajero:

— ¡Derecho, derecho, derechito y no vire a ningún lado!... Sigue camino, buen hombre y que Dios te ayude — suspiraba tiernamente mientras el viajero se perdía de vista entre los arbustos.

— ¿Quién es ese hombre, abuelo? ¿De dónde viene?

— Sabe Dios quién es, no lo conozco... ¡Eh!, ¿qué estás parado allí como plantado? — se dirigía al caballo, sentándose en el pescante del carro.— ¡Arre, marcha, arre!...

Era mi abuelo, nuestro buen espíritu del prado y de la pesca. En el bosque juntaba hongos y bayas mejor que todos nosotros, y conversaba con los caballos y los terneros, con las yerbas, con el viejo peral y el roble; con todo lo que vivía, crecía y se movía a su alrededor.

Y cuando pescábamos algo con el retel o la traína y lo traíamos a la chabola, él, sonriendo y con reproche, moviendo la cabeza decíanos con sentimiento de sutil pena y resignación por el correr inexorable del tiempo:

— ¡Ah!, ¿acaso esto es pescado? Quien sabe qué. Antes sí que había pescado, para que sepan. Recuerdo con el finado Nazar, que Dios le guarde, nos íbamos...

Aquí el abuelo nos internaba en espesuras tan tupidas de la antigüedad, que dejábamos de respirar y espantar los mosquitos de las pantorrillas y de los cuellos; y éstos nos comían enteros, bebían nuestra sangre con deleite. Así llegaba la noche; grandes siluros chapoteaban en el río bajo las

— ¡Guau! ¡Guau!

— Pues no me ladres tú, ¿que necesidad tienes? — quejábase el abuelo.

— ¡Guau! ¡Guau!

— Que se te atraviese un hueso en la garganta! ¡Cajé-caj!...

Mil finísimas cornetas comenzaban súbitamente a gemir en sus adentros.

La tos rugía en su pecho largo rato como amenazante lava de volcán y cuando sus notas llegaban a la cumbre, se ponía azul como flor de enredadera y al entrar en acción el volcán, disparábamos quien sabe a donde, perseguidos por los truenos de su pecho y sus gemidos de satisfacción.

Huyendo del bramar de mi abuelo, una vez salté de la grosella derecho al tabacal. El tabaco crecía alto y tupido, tupidísimo. Sus flores se asemejaban a grandes racimos de oro, como los los hábitos de un cura, y sobre ellos revoloteaban las abejas en enjambre. Pero de repente las grandes hojas de tabaco me enredaron las piernas, caí en la espesura y gateando salí directamente al pepinar.

Aquí también había abejas, que con mucho ahinco trabajaban en las flores, volando del girasol a la amapola y de allí a la colmena. Y estaban tan ocupadas que por más que las irritaba, no sé por qué, no me picaban. El aguijón de la abeja es muy doloroso, pero en cuanto me oían llorar, abuelo o mamá, me ofrecían de inmediato una moneda de cobre para que me la aplicara en el lugar dolorido. Luego todo pasaba rápidamente y con ella podía comprarme en lo de Masiy cuatro caramelos y saborearlos hasta el anochecer.

Habiendo pasado el rato con las abejas y comido ombligos de pepinos, llegué a la zanahoria. No me explico el por qué de mi preferencia por ella. Crecía en la huerta por doquier, en hileras derechitas y rizadas, entre el pepinal. Miré alrededor para ver si no me observaban. No había nadie. En derredor un tabacal impenetrable, amapolas, el cañaveral de maíz, girasol... Un cielo límpido de mediodía y un silencio tal como si todo durmiera. Solo las abejas zumbaban y desde el sótano, detrás del tabacal, llegaba a mis oídos el rugido de mi abuelo. Aprovechando, Pirata y yo, nos internamos en la zanahoria. Arranco una. Es pequeña y se fue en hojas. Menuda, blanca y poco dulce. Arranco otra. Más delgada aun. Una tercera. También delgada. ¡Tenía tantas ganas de comer zanahoria, que hasta temblaba! Resolví continuar y revolví todo el bancal sin encontrar una sola que valga la pena. Volví la cabeza, ¿qué hacer? Entonces enterré toditas para que sigan creciendo y me marche en busca de algo sabroso.

Anduve por la huerta un buen rato. Después de la zanahoria, probé el néctar de las flores de tabaco y de los zapallos que crecían por debajo de la empalizada, gusté de la amapola blanca, con lechita aun; saborié las lágrimas del guindal y de paso, le pegué unos mordiscos a unas diez manzanas agrias. Y cuando ya me dirigía a la casa, veo a la Baba, madre de mi abuelo, inspeccionando el zanahorial. Salí corriendo. Ella como bala detrás mío. Pensando para que lado marchar, me tumbo un girasol, luego otro.

— ¡Adonde vas! ¡Dios quiera se te sequen las piernas!...

Yo al tabacal. Hay que correr al frambuesal —

pienso — y me metí en cuatro patas debajo del tabaco. El Pirata, detrás mío.

— Es que estás destrozando el tabaco y ojalá te quiebres las manos y las piernas, ¡ojalá no salgas de ese tabacal hasta el segundo advenimiento! ¡Y que quedes seco, ignorante, como ha quedado esa zanahoria en tus manos presidiarias!

Dejando a un lado el análisis histórico más o menos profundo de ciertas reminiscencias culturales, cabe decir, que en Ucrania, las gentes humildes poco creían en Dios. Por lo general, más bien creían en la Madre Santa y en San Nicolás, San Pedro, San Elías, San Pantaleón. Creían también en brujerías. Y no es que no reconocieran a Dios, sino que, por simple delicadeza, no osaban importunarle directamente. La gente humilde de buena educación, a la que pertenecíamos, consideraba por modestia que sus intereses diarios no eran dignos de la ingerencia de Dios.

Por consiguiente, se dirigían a instancias de menor jerarquía como el mismo San Nicolás, San Pedro y otros. Las mujeres tenían sus sendas: ellas confiaban sus lamentos a la Madre Santa, y ésta a su vez, transmitíalos a su Hijo o al Espíritu Santo transfigurado en paloma.

Creían en las fiestas. Baba, recuerdo, solía decirme muy a menudo: "Que te castigue la Santa Navidad" o "Castígalo, Santa Pascua".

Así, atravesando el tabacal hacia la huerta, mi bisabuela con todo el peso de su cuerpo, se echó de rodillas. De la misma manera que mi abuelo gustaba del sol, su madre, que se llamaba como lo supe posteriormente, Marusia, gustaba maldecir. Maldecía todo lo que caía a sus ojos: cochinos, gallinas, lechones, para que no alboroten; a Pirata

le maldecía para que no ladre ni ensucie. Maldecía a los niños, a los vecinos. Maldecía al gato diariamente, por dos o tres veces, hasta que al fin éste enfermó y murió por ahí, en el tabacal.

Ella era tan menudita y tan vivaracha, y eran sus ojos tan penetrantes y videntes, que esconderse de ellos era imposible. Podía aguantar tres días sin comer, pero sin maldecir no hubiera podido vivir uno solo. Las maldiciones eran su maná espiritual. Vertían de sus labios en interminable torrente, como versos de un poeta, por la menor causa. Se le enrojecían los ojos y se coloreaban sus mejillas. Era arte creador de su alma anciana, cálida y oscura.

— ¡Madre Santa, Reina Celestial,— oraba ella al cielo — mi paloma, santa martirizada, aniquila a ese ignorante con tu santo omóforo! ¡Del mismo modo que arrancó de la tierra húmeda esa zanahoria, arráncale tú, Reina Misericordiosa y retuércele las manitas y piernitas, quiébrale, mi Virgen Santa, los deditos y coyunturas! ¡Reina Celestial, mi protectora benevolente, protégeme, protege mis ruegos, para que él crezca para abajo y nunca para arriba, para que no oiga el cuclillo santo, ni el trueno de Dios! ¡San Nicolás, San Jorge, San Gregorio de corcel blanco y blanca silla, castíguenlo con sus diestras para que no coma más zanahorias y para que lo carcoman la tiña y los bichos!...

La Baba se santiguaba con tanta vehemencia, que hasta su cuerpo temblaba con cada señal de la cruz.

Mientras tanto, en el frambuesal, yacía un pequeño ángel y lloraba en silencio excomulgado del cielo. De ese cielo, límpido y azul, cayó de

súbito e inconcebiblemente a tierra, quebrando sus débiles alas junto al zanahorial. Ese ángel era yo. Agazapado en el frambuesal, detrás del grosellero, escuchaba como encantado las oraciones de mi abuela. Temía mover un dedo, para que por un casual no viera desde el cielo, que estoy aquí, la Madre Santa. El Pirata mismo observaba a la vieja con miedo.

No sé en qué hubieran terminado los rezos de mi abuela. Quizás hubiera quedado con manos y piernas retorcidas, si no fuera la voz de mi abuelo que dejóse oír, de por ahí, del lado del sótano, al despertar a causa de los rezos de su madre.

— Mamá, ¿no me traería Ud. un plato de compota? — dirigióse a su madre — ¡no sé de qué me duele la barriga!

— ¿Qué?... ¿Eres tú, el que está ahí tirado? ¡Ojalá no te levantes!

Y la tronada de la vieja, arremetió hacia el sótano.

— ¡Ahora te la traigo y Dios quiera te arruine la tiña, que comas y no te hartas, revienta ahorita ya que no lo has hecho cuando niño!

La vieja se fue a la casa y el abuelo, junto al sótano, la acompañó con la vista, sonriendo levemente.

Sobre lo que hablaron el abuelo y Baba cuando ésta hubo traído la compota, yo ya no oí. No estaba como para compotas ni conversaciones Me fuí arrastrando sin hacer ruido a lo más espeso del frambuesal, casi hasta llegar a las víboras, sin saber lo que hacer ni donde meterme.

"¡Oh!, si pudiese morir aquí en este frambuesal Y que busquen luego, que lloren ante mí, mucho, mucho. Que lamenten por aquel niño sagaz, aquella

almita santa. Que me lleven después a la fosa. Ahí reviviré. ¡No! ¿Por qué junto a la fosa?, lo haré antes y pegaré un brinco, y Baba saldrá corriendo, no importa adonde, para no volver. Iremos luego a casa, a las exequias". Me gustaba mucho esta ceremonia. En nuestra familia, habían muerto cinco niños y dos niñas. Murieron siendo pequeños aun.

Quise regresar a casa. Pasé por debajo de la empalizada, por detrás del mantillo, al lado del zapallal, entré silenciosamente en el oscuro zaguán y me detuve delante de la puerta.

"Entraré y lo veré todo".

Sentí un frío por dentro como que si hubiera comido menta. Abrí la puerta.

Quién edificó nuestra casa y en que año, quiénes fueron los artesanos, se ignora. Parecíanos que nadie húbola edificado, que creció sola como un champiñón, entre el peral y el sótano. Era muy pintoresca. Lo único que no nos agradaba,— no tanto a nosotros como a mamá — eran sus ventanas casi hundidas en la tierra y sin cerraduras. En la casa nada se trancaba. Pasen, por favor, sin preguntar: ¿se puede? ¡Tengan la bondad! Mamá se quejaba de la escasez de lugar, pero para nosotros, los chicos, sobraba espacio y belleza. Al mirar por la ventana se veían los girasoles, los perales y el cielo. En la blanca pared, debajo de los dioses, pendían hasta el aparador, muchos cuadros hermosos: las Lauras de Pochaiv y de Kiev, los monasterios de Nueva Atheon y el de San Simón Canónigo, cerca de la ciudad de Sujumi, en el Cáucaso. Por encima de los monasterios, flotaban en el aire Madres Santas con servilletas y ángeles blancos igual que cisnes alados.

Pero el cuadro de los cuadros era el del Juicio Final, adquirido por mamá en la feria a cambio de una gallina y que servía para intimidar a sus crueles enemigos: Baba, abuelo y papá. Era un cuadro tan horrendo y sentencioso a la vez, que hasta el Pirata sentía miedo al verlo. La parte superior estaba ocupada por el abuelo y todos los santos. En el centro se veían salir a los muertos de sus tumbas: unos iban para arriba, al paraiso, otros, hacia abajo. A través de todo el cuadro, cortando el centro y todo la parte de abajo, cruzaba una enorme culebra celeste. Era mucho más gruesa que las que matábamos en el zapallal. Debajo de ella, todo ardía por completo como en un incendio: era el infierno. Ahí consumíanse las almas pecadoras y los diablos. Y bien abajo de la pintura, cual una exposición o lista de precios, venían representados unos cuadraditos con los castigos por los pecados cometidos. Quienes mentían, así como los burlones, penderían sobre el fuego colgados de la lengua. Los que no cumplieron con la cuaresma, por la barriga. Quien a hurtadillas comía leche cuajada en cuaresma o freía huevos con tocino, era posado con el trasero desnudo en una sartén caliente; el que injuriaba, al contrario, había de lamerla.

Eran muchos y muy diversos los pecados y sus castigos, pero nadie parecía temerlos.

En un principio, le sentía pavor al cuadro, pero luego me acostumbré a fuerza de voluntad, como se acostumbra el soldado en la guerra al estruendo de los cañones.

En nuestra familia casi todos eran pecadores: la escasa abundancia, los corazones fogosos, el mucho trabajo y toda clase de desordenes, influían

para ello más de la cuenta. Para colmo, era inclinación familiar la palabra picante; por eso, aunque pensasen en el paraíso, suponíanse más bien el infierno, en ese de la parte baja del cuadro. Aquí ya todos tenían su lugar.

A papá, los diablos le echaban alquitrán en la boca, para que no beba agardiente y no le pegue a mamá. Mi bisabuela lamía una sartén caliente por lengüilarga y bien bruja que era. Mi abuelo (mamá juraba por Dios que esto era verdad) estaba en manos del mismo diablo por ser "el de los libros negros", por que la había hechizado leyendo los domingos el salterio mágico y que a causa de ello, hacía ya tres años que se sentía enferma; decía que había roto ese libro a pedazos más de una vez, desparramándolo en el establo, en el corral, entre los zapallos y la frambuesa; sin embargo los trozos volvían a unirse bajo las mismas tapas de cuero. Incluso, en tiempos antiquísimos, un dragón solía traerle al padre de mi abuelo, Tarás, dinero a la chimenea.

Efectivamente, en el ángulo inferior derecho del lienzo, en manos del diablo, estaba mi abuelo. En verdad no se parecía a él, puesto que estaba desnudo como en una terma y su barba no era blanca sino pelirroja, quemada por el fuego; los pelos parados de punta chisporroteaban en la hoguera. La bolsa con el dinero la tenía en la mano.

Mi hermano mayor, Ovram, hacía tiempo que estaba maldecido por la vieja, por fustigar a las palomas del desván y por robar tocino en la despensa para cuaresma. Su alma desnuda desde hace mucho venía volando del ángulo superior izquierdo, directa y precipitadamente al infierno. Al alma de Ovram, aparte de eso, le gustaba la nata de leche

y limpiaba todas las vasijas que había en el sótano y en la despensa.

Mamá juraba que ella iría al paraíso, donde estaría rodeada de santos, por ser una mártir enferma que alimentaba a sus enemigos — mi abuelo y mi bisabuela — sirviéndoles en todo.

Mamá creía en San Jorge Victorioso, que con su corcel aplastaba al dragón, y le rogaba sin cesar que ahogase a papá, al abuelo y a la Baba, sus enemigos, por que éstos habían arruinado la vida de ella.

Mamá juraba que siendo joven aun y estando durmiendo cierto día en la despensa, se le apareció en sueños San Jorge, en hábitos blancos, caballo blanco también, larga pica y cuando ella asustada, comenzó a gemir, él le preguntó:

— ¿Tú eres Odarca?

— Sí.

— No temas, soy yo, San Jorge. Aparecí en sueños para darte la señal. Desde este momento, Odarca, en mi nombre harás el bien a la gente...

Y desde ese día, unos diez o veinte años atrás, algo así, mamá declaróse curandera y comenzó a curar a la gente del dolor de muelas, del mal de ojo y del susto, aunque sola se sentía enferma.

Aquí estoy yo,— solía decir, mostrando en la parte de arriba del cuadro, a cierta alma sagrada junto a la Madre Santa.— ¿Ven?

Mamá hincaba tan seguido con la yema del dedo a esa alma pía, que en lugar de cara había un manchón marrón, como los que indican las capitales en los mapas. Pero poco a poco sus cosas fueron empeorando. Ocurrió que un día mamá dejó de darle de comer a Baba. Entonces ésta se dirigió a la iglesia, compró velas contra su hija

y las colocó delante de los santos. Después de esto, ninguna persona va a parar al paraíso. Mamá desde ese día comenzó a sentirse cada vez peor y por las noches sentía como un duende llegaba para estrangularla. El duende aquél vivía en el horno y en la chimenea. Decían que era mudo y que se parecía a una pelliza forrada con piel negra dada vuelta.

De hecho el único santo en la casa era yo. Pero se acabó también mi santidad. No tendría que haber arrancado zanahoria. Que creciese, total... Ahora soy un pecador. ¿Qué ocurrirá conmigo?

Entré en la casa y calladitamente me acerqué al Juicio Final y comencé a observar atentamente, como nunca, los castigos infernales pintados abajo en el cuadro. Tenía miedo de levantar la vista. Arriba, yo ya no estaba.

¿Cuál es el castigo que merecía mi tierna alma pecadora? Seguramente, por ser mi primer pecado, merezco ese fuego hasta los tobillos que se ve a la izquierda. ¡Ay, ay, ay!...

Me fijé por primera vez en los santos reunidos allí arriba en comité y me dió tanta pena de que ya no les pertenecía, de que estaré aquí por siempre, en este infierno justo debajo del monedero de mi abuelo, que me puse a llorar desconsoladamente.

Al acordarme de los castigos infernales, empezaron a arderme las plantas de los pies. Entonces salí disparando en puntillas a través del zaguán y del patio, en dirección al cobertizo, como si ya estuviese andando sobre la sartén caliente, lamida por mi bisabuela. En aquel entonces no se publicó nada en los periódicos acerca de mi proceder amoral, aunque recuerdo perfectamente, que el mundo que me rodeaba en aquel entonces, reaccionaba con

agudeza al oirme gritar desesperadamente en la sartén: agitando sus alas se elevaron sobre la casa las palomas, se pusieron a cacarear las gallinas, comenzaron a gruñir los lechones. El Pirata despertó y pegó un ladrido entre sueños: "¿Quién me anda corriendo en el patio?". De pronto crujió siniestramente la puerta y en el umbral de la despensa apareció mi bisabuela:

— ¿Por qué ruges? ¡Ojalá se te atraviese un hueso en la garganta y grites una eternidad! — Y de un aliento, le ruega a la Madre de Dios:

— ¡Madre Santa, Reina Celestial! ¡Ya me tiene cansada! ¡Así como no me da a mí, no le des paz a él, ni en este mundo ni en el otro!...— Después vió las palomas en el cielo y les dijo: — ¡Mis palomitas, santas defensoras, hagan por fin que no vea él vuestras plumillas y no oiga vuestros arrullos celestiales! ¡Que no valga ni de sastre, ni de carpintero, ni de trillador!...

Seguidamente la vieja comenzó a componer una canción sobre mí, cantándola a manera de villancico:

"No llegues a labrador, ni segador en el prado,
"Por Dios...
"Ni segador en el prado, ni mercader ambulante.
"¡Ay!, ni mercader ambulante, ni pescador en el mar...

Luego, cuando las palomas se posaron en el desván, pasó nuevamente a la prosa solemne:

— ¡Castíguenle, santas palomitas y tú, Madre Santa, con un trabajo que no le deje dormir, ni descansar y dénle, les ruego, un jefe que...!

Referencias más detalladas sobre mi futuro jefe, ya no pude oír. No estaba para eso. Había que salvarse antes de que fuese tarde.

Rapidamente, me metí en el viejo bote arrinconado en el cobertizo y comencé a pensar en que es lo que debía hacer para renovar mi santidad.

Desde aquella ocasión, por primera vez en mi vida resolví hacer cosas buenas. "No comeré carne toda una semana, le llevaré agua a mi abuelo cuanto lo desee hasta el mismo sótano; empezaré a ir a la iglesia". Luego, contemplando a las golondrinas, pensé: "¡Qué bueno sería, si los pichones se cayeran del nido! Aquí mismo los alimentaría con moscas y pan para que la golondrina viera mis buenas cualidades y le cuente a Jesucristo".

Pero los pichones no caían. Abrieron sus picos y pipiaban, mientras que alrededor del nido y sobre mi cabeza, sus padres revoloteaban indecisos y traíanles mosquitas.

"¿Qué hacer?", pensé yo, dejándolos en paz. Iré a la calle a rendir homenaje a los mayores. El abuelo decía que por esto se perdonaban muchos pecados en el otro mundo. Iré a sacar la gorra delante de ellos y decirles "buen día". Precisamente la gorra que yo tenía en cuenta, estaba tirada en el bote. Era de mi abuelo y muy vieja. Ahora ya no las hay semejantes, no las hacen más. Tampoco existen hormas para ellas. Era gruesa y a simple vista se parecía a un caldero de bronce. Además pesaba algo más que un caldero.

Algún tiempo estuvo tirada en el zaguán debajo del mortero. La gata paría su cría sobre ella, pero Baba ahogó a todos los gatitos en el arroyo y tiró la gorra en el bote; por eso no conservaba el aroma del abuelo; olía a gatos. Sin embargo no había tiempo de analizar. Bastaba que tuviese lo que quitarme de la cabeza al saludar. Me encas-

queté la gorra hasta la misma boca y salí a la calle.

Afuera estaba desierto. Todos los adultos se habían ido al campo. Sólo al lado del almacén, en la plaza, justo frente al cigoñal, se veía a don Masiy, de levita negra ni que fuese golondrina. Pero delante de él no deseaba sacarme la gorra. El abuelo decía que Masiy no tenía alma y en su lugar había vapor. Razón por la cual, embrollaba a todos los que entraban a su almacén. Y Dios le castigó con justicia, ordenando a los malhechores que le robasen, según dicen, cerca de diez rublos, a consecuencia de lo cual, su esposa e hijos chillaron y lloraron muchísimo; en cuanto a él gritó su pobreza y echó pestes a todo el mundo. Mi papá, aunque reíase de Masiy, considerándolo un payaso, compadecíase de él ayudándole en mala hora. Además nunca buscó camorra, ni aun borracho.

¿Dónde encontrar una persona para homenajearla? Rebusqué en esta encrucijada todos los callejones. Decidí que habría de empezar por el viejo vecino Zajar. El, claro, ya hacía tiempo que estaba en la puerta.

El viejo Zajar era herrero, aunque yo jamás le había visto fraguar nada. Toda mi vida le vi pasar delante de nuestra casa con toda una gavilla de cañas de pescar y haciendo un golpeadero con sus botas, que nos despertaba a medianoche como un trueno; era que venía de la pesca. Sus botas eran enormes y sus pies tan pesados, que parecía que debajo de ellos se hundía la tierra. Caminaba balanceándose de arriba abajo, como sobre un montón de pasto seco o un pisón. Usaba barba que era completamente blanca como la de mi abuelo,

sólo que en el centro, ahí donde tenía la boca, se veían algunos mechones rojizos.

Después de la pesca, el viejo Zajar encendía un cigarrillo y largo rato estaba así, al lado del pozo de agua, mirando a un punto fijo, como a un flotador. Fumaba un tabaco fulminante y nadie se le acercaba. Se hacían a un lado hasta las gallinas y los lechones. Los perros hacían un rodeo por otras huertas, y su nuera Galka dormía en la despensa, quejándose siempre a nuestra madre de que el viejo la iba a ahogar con ese humo; al decir esto, botaba su pelliza al patio. Decían que al olor de Zajar le temían hasta los peces y por eso no sacaba nunca nada. Por él se le conocía de lejos. Cuando pasaba cerca de nuestra casa, ese aroma a tabaco quedaba por mucho tiempo suspendido en el aire. Y será ese olor el que impregnará mis cuadros sobre mi Tierra natal, donde mi antepasado juntará todos sus callos sobre su blanca camisa debajo del manzanero y entre las manzanas y las peras; y vivirá en ellos la zanahoria, y el pescado, y las injurias de mi bisabuela, mientras que yo, muchachito vergonzoso, voy yendo a lo del viejo herrero para redimir mi primer pecado.

— ¡Buen día, abuelo!, dije yo, sacándome con las dos manos la gorra y siguiendo rápidamente mi camino.

Respuesta no hubo. El viejo no me vió.

"Seguro que no me oyó, pensé. Hay que volver y saludar más fuerte".

— ¡Buen día, abuelo!, pronuncié una vez más con voz temblorosa, sacándome esa gorraza y escuchando atentamente la contestación, para librarme así de alguno de mis pecados. Pero el viejo ni cuenta se dió. ¿Qué hacer? ¿Adonde ir?

Salí a la calle con la esperanza de encontrar a alguien y rendirle homenaje. Pero la calle estaba desierta. El propio Masiy había desaparecido. Sentí una picazón en la garganta y para colmo me empezó a doler el cuello a causa de la gorra. Estuve parado un rato para volver otra vez a lo del viejo y hacer cosas buenas.

— ¡Abuelo, buen día!, le dije, deteniéndome.

— ¡Vete tú con todos los diablos y no me inquietes con tu ir y venir! ¿Quién será el infiel que te ha traído? — se irritó el viejo.

Al oír semejantes palabras, pegué un brinco del susto. Mis sufrimientos eran infinitos. Sintiendo desesperación y habiéndome olvidado ya de la salvación de mi alma pecadora, en un santiamén volví a mi casa. Pasé silenciosamente por el patio al cobertizo, me acosté otra vez en el bote sobre el cuero de mi abuelo y me puse a pensar: "¿Para qué nací en este mundo? No tendría que haber nacido. Después decidí: me dormiré. Me dormiré y empezaré a crecer. Mi abuelo solía decirme que durmiendo crezco".

Razonando así, lloré un poco al acordarme del Juicio Final. Me fijé en las golondrinas y me acurruqué como una rosca de pan, bostezando tristemente. Que pequeño soy aquí acostado en el bote de mi abuelo y cuantas cosas desagradables y ofensivas conozco ya. Que desagradable es oír a Baba maldiciendo o cuando no acaba nunca de llover. Es desagradable cuando una sanguijuela se te prende del muslo o cuando te ladran perros ajenos, cuando oyes el bisbiseo de algún ganso junto a tus piernas y sientes el pellizcón que le da a los pantalones con su pico rojo. Que desagradable es cargar en una mano un balde grande

de agua o escardar tabaco o quitar sus retoños. Es desagradable ver llegar a mi padre borracho, verlo reñir con mi madre, con mi abuelo, o quebrar la vasija. Es desagradable andar descalzo por el rastrojo o reirse en la iglesia, cuando te viene la risa. Y llevar heno en un carro cuando éste está por tumbarse al río. Es desagradable mirar un fuego grande, aunque mirar uno pequeño es agradable. También es agradable abrazar un potrillo, o despertarse antes del amanecer y ver en la casa al ternero extraviado, que volvió por la noche. Es agradable vagar por los cálidos charcos después de una lluvia tormentosa o pescar lucios con las manos enturbiando el agua; o mirar como los pescadores tiran la red. Es agradable hallar en la hierba un nido de pájaro. Es agradable comer pastel y huevos pascuales. Es agradable cuando en primavera el agua inunda la casa y el zaguán y todos andan sin hacer nada; es agradable dormir en el bote, en el cereal, en el mijo, en la cebada, en toda clase de granos que haya sobre el horno. Y el aroma de cualquier grano es agradable. Es agradable llevar gavillas al almiar y andar alrededor de los almiares buscando granos. Es agradable cuando la manzana que creíamos agria, resultó dulce. Es agradable cuando bosteza mi abuelo y en verano las campanas llaman a vísperas. Y es agradable también, y me gustaba mucho, cuando mi abuelo charlaba con el caballo y el potrillo, igual que con una persona. Me gustaba cuando alguien, pasando de noche por el camino al lado de nuestra casa, decía: "Buenas noches". Y me gustaba cuando mi abuelo respondía: "Dios le guarde". Me gustaba cuando, en la puesta del sol, chapoteaban los peces grandes en el lago o el

Desná. Me gustaba, al volver del prado, observar acostado en el carro el cielo estrellado. Me gustaba dormir en él y me gustaba cuando se detenía junto a mi casa y me entraban dormido. Me gustaba el chirrido de las ruedas bajo el peso del carro, cuando la cosecha. Me gustaba el gorjeo de los pájaros en la huerta y en el campo. Las golondrinas me gustaban en el cobertizo y los rascones en el prado. Me gustaba el chapoteo del agua primaveral. Y el tierno y triste croar de las ranas en el barrizal. Me gustaban los cantos de las muchachas, las *kolyadkas,* las *schedrivkas,* las *vesniankas* y las *obzhinkas.**

Me gustaba el ruido sordo que hacían las manzanas al caer inesperadamente sobre la hierba en la huerta, al anochecer. Había en ese caer del fruto cierto misterio, cierta tristeza y notábase una inmutabilidad eterna de ley. También me gustaba el trueno acompañado de viento y lluvia, aunque mamá le temía, por los obsequios que aquél me hacía en el huerto.

Pero más que nada en el mundo, me gustaba la música. Si alguien me preguntase alguna vez qué música, que instrumento, qué melodías prefería yo en mi lejana infancia, respondería sin vacilar, que por encima de todo me agradaba oír el remachar de la guadaña. Cuando en las quietas tardes, en vísperas de San Pedro y San Pablo, mi padre comenzaba a remachar su guadaña en la huerta al lado de la casa, esa música era para mí

---

* *kolyadkas*: especie de villancicos ucranianos.
schedrivkas: coplas cantadas para fin de año.
vesniankas: pastorelas ucranianas.
obzhinkas: cánticos otoñales con motivo de la buena cosecha.

la más encantadora. Por momentos me parece, que si hoy día volviese a oír esa melodía debajo de mi ventana, rejuvenecería, me volvería más bueno y comenzaría allí mismo a trabajar. Su tintineo, sonoro y límpido, me anunciaba la alegría y el recreo de la segazón. Me acuerdo de él desde la más tierna infancia.

— ¡Tsss!, Sashkó, no llores,— me consolaba mi bisabuelo Tarás, cuando me largaba a llorar dando alaridos.— No llores tontito. Remacharemos la guadaña y nos iremos a segar, al Desná, y cortaremos heno, y pescaremos, y haremos papilla.

Entonces me callaba; y el padre de mi abuelo, me llevaba en brazos y me relataba sobre el Desná mil historias, me hablaba sobre las hierbas y los lagos misteriosos: Dziubene, Tserkovne, Tije, Seim. Su voz era tan buena y su mirada tan mansa como no lo había otra, y sus manos enormes y velludas eran delicadas, que seguramente a nadie y nunca hicieron daño en la vida, ni robaron, ni despojaron, ni derramaron sangre. Sabían de labor y paz, de generosidad y bondad.

— Juntaremos heno y haremos papilla. No llores muchachito...

Y me callaba entonces. Luego, silenciosamente, con las puntas de los dedos, me despegaba de la tierra y llegaba al Tije, al Tserkovne, al Seim. Eran los mejores lagos y arroyos del mundo. Semejantes no los hay ni los habrá jamás en ninguna parte.

Y así, como digo, razonando en el bote sobre la pelliza, sin querer cerré los ojos. Mas, no se llenó de oscuridad mi cabeza. Entrecerrando los ojos siento que hasta hoy día en mi alma no hay tinieblas. Mi cerebro alumbra seguro y claro, enfo-

cando lo visible e invisible sin fecha, y a veces sin órden, en el interminable enhilar de sucesos. Fluyen los cuadros, ondean los torrentes del Danubio, del Desná, corren las aguas primaverales hacia ellos. Las nubes se deslizan por el cielo caprichosas y libres, y en su marcha por los espacios celestes, provocan luchas y competiciones sin fin, y si hubiera podido reprimir aunque sea una milésima parte de ellas y colocarlas en una fila literaria o pictórica definida, no hubiera vivido en vano agobiando a mis superiores y echadizos.

¡Qué es lo que no veía yo en el mismísimo cielo! El mundo de las nubes estaba repleto de gigantes y profetas que competían en luchas permanentes. Y mi alma infantil no los admitía y se hundía en la tristeza.

Por doquier veía agitación, movimiento y lucha: en la corteza del roble, del sauce, en los viejos tocones, en los huecos de los árboles, en el agua del barrizal, en las paredes descascaradas. Y en cualquier lugar donde se detuviese, mi vista captaba algo parecido a una guerra, incendio, riña o diluvio. Todo vivía en mis ojos una vida doble. Todo me llamaba a la comparación, todo se parecía a algo remotamente visto, imaginado o vivido.

Pero, ¿qué es lo que estoy haciendo? Tengo que escribir acerca del bote, pero olvidándome empiezo a escribir de las nubes. Debo escribir acerca de aquel viejo bote metido allí en el cobertizo, acerca del botecito aquel...

Razonando así, sin querer cerré los ojos y enseguida comencé a crecer. Poco, lentamente, parecióme que el bote empezó a balancearse debajo mío y se puso en marcha, del cobertizo a la quinta, por el pasto, entre los árboles y arbustos, junto

al sótano y las matas de hinojo, pasando cerca del abuelo. Este, no sé por qué, se hizo pequeño, más chico que yo. Estaba en brazos de su madre, en camisa blanca, sonriendo tiernamente viéndome alejar. Y el bote se fue flotando, flotando a través de la huerta y del pastadero hacia Zarichia y desde allí, cruzando el caserío, hacia el Desná.

¡Qué suene la música! ¡Qué canten los ángeles en el cielo, los pájaros en el bosque, los sapitos junto a las orillas, las mocitas bajo los sauces! Yo voy yendo a favor de la corriente. Voy flotando sobre las ondas y el mundo parece flotar sobre mí. Las nubes primaverales, compitiendo alegres entre sí allá en el cielo, pasan flotando también. Debajo de ellas, vuela el averío de paso: patos, gaviotas, grullas. Como hombres en sueños, van volando las cigüeñas. Corre el torrente. Pasan flotando mimbres, sauces, olmos y álamos. Pasan flotando islas enteras...

En el bote, había soñado con algo tan, pero tan lindo, pero me olvidé. ¿Quizás no fue un sueño y de verdad hubo alguna vez todo aquello en el Desná? Sí, sí. Realmente fue así. Pero por desgracia, ya hace mucho tiempo que tuvo lugar y fue perdiendose en los caminos de la vida. Y no volverá jamás la santidad de aquella infancia descalza. Y no florecerán más para mí las flores de tabaco como casulla de sacerdote; no me asustará el horroroso Juicio Final ya que no lo pudo hacer el de los hombres.

Solo el deseo de hacer cosas buenas, he conservado para toda mi vida.

Cayó la tarde sobre mi día, la neblina cubrió el campo claro y yo miro preocupado en derredor: tengo que apurarme. Las visitas vienen llegando

en botes de sauce, una tras otra, corren las olas del Desná y me traen frecuentes recuerdos de un lugar cálido y remoto... ¿Qué quieres? ¿A ver, que deseas?...

De pequeño me cuidaban hasta cuatro niñeras. Eran mis hermanos: Lavrin, Sergio, Vasilio y Juan. Decían que vivieron poco porque empezaron a cantar prematuramente. Solían sentarse los cuatro en el zarzo, uno al lado del otro como gorriones y cantaban. ¿De quién aprendieron las canciones y quién les había enseñado a cantar? Nadie lo podía decir.

El día que murieron los cuatro a causa de una epidemia, la gente decía: "Se los llevó Dios a su coro angelical". La verdad es que ellos cantaron todas sus canciones durante sus cortas vidas, como presintiendo la cortedad de su instante.

No en vano ciertas almas femeninas sutiles, no resistían sus conciertos. Las mujeres les miraban y cabeceando tristemente se santiguaban y a veces lloraban, sin saber ellas mismas por qué: "¡Ay, que no tendrán ventura estos niños!.."

Aquéllo ocurrió, según dicen, justo para un domingo de ramos. La desgracia llegó a nuestra blanca casita, cuando yo no había cumplido un año aun.

Habiéndose enterado en la feria de Borzna, que en casa se estaban muriendo los chicos de una enfermedad desconocida, mi padre apuró sus caballos. Sobre como venció las treinta verstas castigando sin cesar los animales para llegar lo antes posible y salvarnos, como a orillas del Desná, a gritos llamó a la balsa primero y salió como bala después, hablaron por mucho tiempo los caminan-

tes. En casa lo vieron ya cuando atropelló con los caballos sudados el portón, destrozándolo y los animales heridos cayeron cubiertos de espuma sangrienta. Nuestro padre se lanzó hacia nosotros, pero yacíamos todos muertos ya, sólo yo quedé vivo. ¿Qué hacer? ¿Castigar a mamá? Pero es que mamá también yacía semi muerta. Y mi padre, lloró amargamente:

— ¡Ay, hijos, hijos míos! ¡Niñitos míos, mis ruiseñores! ¿Por qué dejasteis de cantar tan temprano...?

Luego nos llamó de aguilitas y mamá de ruiseñores. La gente sollozaba y se compadecía mucho, puesto que nunca jamás seríamos ni pescadores, ni segadores en el prado, ni aradores en el campo, ni tampoco gloriosos guerreros.

¿Con que comparar el profundo dolor de mi padre? Acaso con la noche negra. En su honda desesperación maldijo el nombre de Dios, y, Dios hubo de callarse. Y si éste hubiera aparecido ese día, con toda seguridad que mi padre se hubiera lanzado sobre El con todas sus fuerzas, para atravesarlo con la horquilla o matarlo de un hachazo.

Echó al cura del patio mandándolo al demonio, diciendo que él mismo sepultaría a sus hijos.

Semejante explosión de desesperación y furor, pero ya no contra Dios, sino contra nosotros ya adultos, le vieron a orillas del Dnieper medio siglo después sobre los abandonados arcabucos kievitas; lloraba entonces culpando a todos nosotros sin distinción. Tenía o no razón el avasallado anciano aquel, no tenemos derecho de juzgar. Pues sabido es que la fuerza de los sufrimientos no se mide por la opresión de las causas externas, sino por la

hondura de su conmoción. ¡Y quién, quién no ha sido conmovido por la vida!

He visto muchos varones bellos, pero así como mi padre, nunca. Su testa era pelinegra, voluminosa, sus ojos grises eran grandes e inteligentes, aunque encerraban en sí una profunda tristeza: las pesadas cadenas del analfabetismo y la sumisión. Todo él aprisionado por la pena y al mismo tiempo altamente culto en su modo de pensar y sentir.

¡Cuánta tierra aró, cuánto trigo segó! ¡Con que ahinco trabajaba! Era muy sano y pulcro, de piel blanca, sin un solo puntito; cabello brilloso, ondulado; manos anchas, generosas. Llevaba la cuchara a la boca de una manera muy bonita, manteniéndola por encima de un pedazo de pan, para que no gotease sobre la harpillera tendida en la hierba, junto al mismo Desná. Gustaba del chiste, de la palabra sutil y precisa. Sabía de tacto y respeto. Odiaba a las autoridades y al zar. Este enfadaba su dignidad con su barbita rala y pelirroja, su postura inútil y por ser de grado, según decían, inferior a general.

Lo único de feo que tenía mi padre era la vestimenta. Era una ropa tan desagradable, incolora, mísera, como si gente non sancta y despectiva, para rebajar la imagen humana, hubiera cubierto una estatua antigua con mugrientos harapos. Se le veía volver de la taberna tambaleando y mirando al suelo, vencido por la pena; me escondía con Pirata en el frambuesal para no llorar. Pero era tal su riqueza espiritual, que aun borracho era hermoso. Segaba o sembraba, rezongaba con mamá o con el abuelo, sonreía a sus hijos, castigaba al caballo o él mismo era castigado sin compasión por los policías, siempre fue igual. Y cuando aban-

donado por todos en el mundo, octogenario vagabundo, andaba por las calles pisoteadas por el fascismo y la gente lo tenía por un pordiosero y dábale algunas monedas, tambien era hermoso.

Hubiera podido servir de modelo para cuadros de caballería, dioses, apóstoles, famosos científicos, excelencias. Servía para todo. Produjo mucho pan, alimentó a muchos y a muchos les salvó del agua, aró mucha tierra hasta que no se libró de su pena.

Cumpliendo la ley eterna de la vida, bajando mi cabeza canosa, descubriéndola y consagrando en silencio los pensamientos míos, vuelvo mi talento hacia él, consumido por la congoja, para que me dicte personalmente su testamento. Lo veo parado ante mí, allá lejos en los arcabucos kievitas. Su rostro hermoso se ha vuelto morado de los azotes germanos, se le hincharon las manos y los pies y el dolor le colma los ojos de lágrimas y su voz se va apagando, por última vez y para siempre. Y apenas oigo ese lejano "Hijos míos, ruiseñores..."

Una noche, en nuestra casa, que como es sabido venía hundida en la tierra hasta las ventanas, acontecieron dos cosas.

Madrugué un día sobre la estufa donde dormía, encima del mijo o del centeno; no, miento, sobre la cebada. Amanecí como digo, sobre el grano calentito y perfumado, y comprendí que algo extraordinario ocurría en la casa, igual que en un cuento: el abuelo lloraba, lloraba mamá, una gallina cacareaba en el zaguán y el ambiente olía a algo eclesiástico.

En el patio, el Pirata malísimo le ladraba a los ancianos. Oí el ir y venir de los viejos en el zaguán y el tanteo de sus manos en busca de la

tranca. Abrí bien los ojos y sin alcanzar a recobrarme como es debido, vi que mamá se acercó a la estufa y dejó encima de ella una artesa. En la misma, envuelto en blancos pañales, como pintada, estaba acostada una criatura.

— Hijo, ¿has despertado ya? Aquí te traje una muñeca, una niña, ¡mírala!

La miré y no sé por qué no me gustó. Hasta me asusté un poco de ella: tenía una trompita como un puño y era de un gris azulado igual que la manzana cocida.

— ¡Qué linda! ¡Todo una muñeca!,— dijo mi madre con voz tierna y conmovedora — Y ya bosteza, mira... Mi palomita gris, mi florecilla...

En el rostro feliz de mi madre, resplandeciente y brillante de alegría, vi lágrimas. Sabíamos que era floja para resistir el llanto, pero ¿por qué lloraba ahora?, pensé.

— ¿Qué ha sucedido, mamá?...

— Lloro para satisfacer al abuelo y ojalá la suerte lo abandone,— me susurró alegremente al oído.— ¿Sabes, tú, el prodigio que ocurrió?

— ¿Cuál?...

— ¡El que ahora estoy perdido! ¡El que soy un huerfanito! ¡Cajé-jé!,— se oyó derrepente el grito desesperado de mi abuelo y el bramido de su tos loca, desprendió del cielorraso un pedazo de yeso.

Y entre los silbidos y chillidos de su tos, prorrumpía una tremenda pena. Me incorporé de inmediato y... ¡ay, lo que ví desde mi lecho! En la mesa, bajo las imágenes de los dioses, estaba tendida mi bisabuela. Con las manos cruzadas y como sonriendo de saber que nadie jamás le molestará ni le reprochará su largo vivir, después de ambular por el mundo sobre sus calados piece-

citos descalzos, unos cien y pico de años. Yace serena con la cabeza hacia los reyes y príncipes y el Juicio Final. Se cerraron sus parpadillos videntes, cesó su arte fogoso y popular y todas sus injurias se esfumaron de la casa junto con su alma. ¡Si supieran la alegría que uno siente cuando fallece una bisabuela, especialmente en invierno y en las casitas viejas! ¡Qué regocijo! La casa se pone grande de repente, el ambiente fresco y todo reluce igual que en el paraíso. De un brinco bajé de la estufa cayendo dentro de las botas de fieltro de mi abuelo; por entre los ancianos fui corriendo al patio. Había salido el sol. Las palomas volaban sin que las maldijese nadie. El perro contento juega con la cadena y el alambre. En el rotoso techado canta un gallo. Los gansos comen con el chanchio de un mismo dornajo, en pleno acuerdo. Pian los gorriones. Mi padre cepilla el ataúd. La nieve se va derritiendo. Del techo gotea agua... Gotea agua... Me subí entonces a un montón de mimbre y estuve hamacándome, hamacándome, hamacándome, hamacándome. Por el camino, con unos baldes, Don Zajar va en busca de agua, el abuelo herrero Don Zajar va en busca de agua, en busca de agua...

— ¡Ay, abuelo, abuelo, se nos murió la abuela! Le juro que es verdad,— dije alegremente, riéndome a carcajadas.

— ¡Bandido que eres! — enojóse Zajar.— ¡Para tí todo es risa, que te doy...!

Quien sabe de donde, apareció Mina, el torito pelirrojo que gustaba topar porque le picaban las guampitas y que para más, se le había pegado a la panza bosta congelada que le hacía cosquillas. Y abriendo el portón con las guampas que tanto le picaban, ¡pumba! sacudió un topazo a Zajar. Este

empezó a los gritos contra el torito, diciendo: "¡Sálvenme, que me destripa!", y se estiró en el charco. Pero en cuanto nuestro fidelísimo perro Pirata vió que Mina se topó al herrero Zajar y al oír el resonar de los baldes, el cacarear de las gallinas, el cepillar de mi padre, el gotear del techado, pegó un tremendo ladrido. Fue entonces que se oyó el graznido de los patos, el bisbiseo de los gansos, se asustaron las gallinas y los gorriones se hicieron humo. El maldito pegó un brinco y olvidándose de que estaba sujeto a la traílla, se lanzó a perseguir al torito. Chirrió el gancho por todo el patio con una altísima nota in crescendo y se cortó el alambre.

Hubo un instante de silencio. Las palomas se elevaron sobre la casa hacia el cielo, anunciando paz y felicidad. Me ahogaba de alegría y hube reído tanto ese día, que proseguir este género de relato, ya no tengo fuerzas. Por eso, para no perderme desde niño en lo simbólico o biológico, pasaré a la prosa costumbrista a la que, entre paréntesis, nos venimos acercando.

A la derecha y a la izquierda del pozo de agua, por detrás del cobertizo, en flecha, como aves de paso, venían acercándose nuevos ancianos. Habiendo captado seguramente el espíritu muerto de mi abuela, lentamente viraban del camino grande hacia nuestra callejuela, cantando la siguiente canción:

"Vues-tros cuer-po-o-os yacerán para manjar
de los gu-sa-nos.
"La Madre Tierra hará de vuestros huesos
he-re-en-cia-a...
"En vano es pedir ayuda de amigos y hermanos,
"Os ayudará tan solo la benevo-len-cia-a...

Con grandes bolsas al hombro, elevando sus burlones albugos al cielo, cantaban sus tétricas canciones, tomados unos de los otros y de sus largos bordones. Sobre ellos se lanzó justamente Pirata. Los odiaba y aparte de esto, quería mostrarse servicial delante de mi padre que detestaba la mendicidad. Pero olvidó el perro que los ciegos suelen ser de muy astuto comportamiento, de lo cual bien pronto pudo comprobar con su propio lomo:

— ¡Oy, oy, oy! — gañó lastimeramente el perro cuando el viejo cabecilla, Bogdán Jolod, le sacudió algunos bordonazos.

En la actualidad ya no hay viejos como aquél. Ni tampoco hay rezos, ni bolsas, ni pobreza como aquellas. No hay ceguera ni albugos horrorosos en los ojos, ni patituertos, ni jorobados... Se agotaron y desaparecieron junto con los kulaks.

Mi madre odiaba a los viejos y les temía; pero le daba su limosna siempre con generosidad. Ella era orgullosa y deseaba mucho que por lo menos los ciegos la tuviesen por mujer rica.

La casa estaba repleta de ancianos. Bogdán Jolod, cabecilla vigoroso aunque en años, no gustaba andar de casa en casa con la bolsa. No le agradaban ni las gentes, ni los perros y quien sabe si era o no ciego. Miraba siempre hacia el suelo y tenía unas cejas tan tupidas y fruncidas, que aunque si tuviese vista, no captaría otra cosa que la tierra bajo sus pies. Y era tan siniestro, que delante de él se cerraban todas las puertas y ventanas y reinaba el más completo silencio en las casas y zaguanes, hasta que no se hubiera ido. Por eso no salía a ningún lado y colectaba su tributo sentado en la esquina cerca del mercado.

No mendigaba, sino demandaba. Su aturdidora y cruel voz no servía para rogar.

— ¡Denme algo!... ¡Una rosca, una moneda o una manzana!,— demandaba con su ronco y terrible bajo, lleno de descontento y despecho.— ¡Buena gente, por Dios, denme algo!... ¡Por piedad!...

Y cuando nadie respondía a sus requerimientos, garroteaba con fuerza la tierra.

— ¡Ah! ¡Ojalá nunca tengan nada y los descuarticen los lobos!... ¡Den-me al-go!...

Cierta vez, al dar con el báculo contra el suelo de un modo semejante, asustó terriblemente a la hija del corregidor Konashevich, la cual, llena de ilusiones pasaba por allí en esos momentos, yendo a la cita con un mozo.

— ¡Ay!...— gritó la señorita y pegó un salto como si hubiese perdido el juicio.— ¡Auxilio!...

— ¡Denme!...

Al día siguiente el policía Ovramenko redujo los derechos del viejo, prohibiéndole la estancia en el mercado. Jolod se arraigó en la periferia despoblada, donde poco a poco, fue siendo atormentado por los crueles hijos de los nuevos ricos.

— Bien hecho, por bruto. Por lo menos no ha de asustar a la gente,— dijo mi padre y escupió.— El viejo, que el diablo se lo lleve, más que viejo, es un roble partido por un rayo.

Mi padre despreciaba a Jolod sin saber por qué. Quizás por esa fuerza perdida en vano o esa fracasada voz estruendosa que siempre lo hundía en la tristeza. Odiaba tanto cualquier miseria, que no utilizaba jamás la palabra "pobreza" con respecto a sí mismo. En lugar de "mi pobreza" solía decir "mi riqueza", por ejemplo: "mi riqueza,

perdonen, me impide comprarme un par de botas nuevas".

Entre todos los ancianos papá destacaba a uno sólo, al viejo Kulik. Y aunque el viejo usaba zamarra y grandes botas ingastables y a primera vista parecía más rico que mi padre, éste nunca le negaba una limosna ni le faltaba el respeto. Le gustaba el arte. Kulik siempre andaba con una bandurria y no cantaba piezas religiosas. Mi padre estimaba en él ese orgullo de artista. Papá, aunque se parecía a un artista del teatro imperial vestido de harapos, no sabía cantar. Sólo a veces con su vecino y amigo Mikola Troihub, bebidos ambos, probaban cantar su única canción, la canción de los sirgadores, que les hacía recordar el trabajo en el Don, en Kajovka y en sus estepas cosacas:

"¡Las bolsas son pesadas y los hombros duelen!
"Mejor hubiera sido, entrar de sirgador,
"Mejor, mejor hubiera sido ¡eh!... entrar
de sirgador...
"¡Y con una buena copa-a-a!...

Más allá de ésto, la canción no salía. Ellos "tiraban" de ella cual de una pesada barcaza en contra de la corriente, pero no obstante al esfuerzo de ambos, el canto se diluía desapareciendo en un desordenado vociferar. Entonces dejaban de dirigirse mutuamente con las manos, asombrándose con amargura de su inhabilidad para el canto. Hacían silencio. Mudos se tomaban una copa más, entremezclándola con unos "¡y bien!" y "¡ay, ay, ay!"...

Bueno, ¿en qué habíamos quedado? ¡Ah!, en los viejos.

Rezonga en el charco, el viejo herrero Zajar.

Mina quiere toparlo. En el cielo las palomas. Del techado gotea. Los ancianos cantan acerca de los sufrimientos en el infierno. El perro está furioso. Encima del montón de estiércol un gallo está pisando una gallina. En el cobertizo los gorriones. Yo sobre el mimbre mojado. Me estoy hamacando en él y toso con fuerza y me río feliz: siento que llega la primavera. Está todo tan alegre. Huele a estiércol, a nieve mojada, a mimbre húmedo.

— ¡Pa-pa-a! ¡El torito está pisoteando al viejo!...

— ¿Dónde?

— ¡En el charco-o!...— gritamos casi juntos con el gallo. Vivíamos en determinada armonía con las fuerzas naturales. En invierno sentíamos frío, en verano nos quemábamos bajo el sol, en otoño patullábamos por el barro, en primavera nos inundábamos. Y quién no conoce esto, no sabe ni de alegría ni de vida plena. La primavera venía desde el Desná. En aquellos tiempos nadie pensaba en transformar la naturaleza y el agua corría para donde quería y a su gusto y paladar. Solía ocurrir que el río se desbordaba tanto que se perdían en sus aguas no sólo los bosques y la siega, sino que aldeas enteras desaparecían en ellas, pidiendo auxilio. Y era aquí que nos hacíamos de fama.

Acerca de la cantidad de gente, vacas y caballos que hemos salvado con mi padre y abuelo, se podría escribir todo un libro. Era el mío un heroísmo preescolar, que hoy hubiera sido premiado con un viaje al Artek. Estos lugares eran desconocidos antes. Hablamos de hechos viejísimos. Me olvidé en que año, para primavera, antes de Pascua, hubo una riada tal que ni mi abuelo ni su madre siquiera, habían visto antes.

El agua se acercaba con una velocidad asombrosa. En un día inundó bosques, segazones, huertas. Venía atardeciendo, se levantó viento. Un bramido tremendo lanzó el Desná durante toda la noche. Doblaban las campanas. Desde lejos se oían voces en las tinieblas. Los perros ladraban lastimosamente. Embullaba y crujía la intemperie. Nadie dormía. Las calles amanecieron bajo el agua, mientras que el río seguía creciendo. ¿Qué hacer?

Entonces el corregidor envió a lo de mi padre al enorme Makar.

— Ve a salvar la gente en Zahrebelia. Se están ahogando. ¿Has oído?,— le ordenó a mi padre con voz ronca el policía. Tu bote no tiene iguales en la provincia entera, además, eres todo un navegante.

Al oír sobre semejante tragedia, mamá se echó a llorar de inmediato:

— ¡¡Santa Pascua!!...

Papá la reprendió para que se callase y le dijo a Makar:

— Con el mayor placer salvaría a la gente, pero temo pecar. Mañana es Resurrección. Es mi deber comer un pedazo de pastel y beber según el precepto. Hace dos meses que no tomo. No puedo menospreciar a la Santa Pascua.

— Te meteré en el calabozo,— dijo Makar oliendo el lechón asado encima del horno.— En lugar de diploma de honor por salvar a humanos y animales, la pasarás matando piojos en la prevención.

— Bien,— aceptó mi padre.— ¡Qué los parta un rayo, homicidas! ¡Iré!

Mamá, siempre algo fuera de sí para Pascuas, rompió a llorar rogándole a papá:

— Pero, ¿adónde irás? ¡Es Pascua!...

— ¡Sírvela sin bendecir! Pecado por pecado, ¡siéntate, Makar! ¡Por Cristo Resucitado!... ¡Llenen una segunda!... ¡Por la primavera, el sauce, el agua, la desgracia!...

Y así, comenzando a hacer pascuas desde el sábado, poco a poco, nos dormimos sin ver el oficio religioso y recién a la madrugada, con grandes dificultades, llegamos en bote a la aldea Zahrebelia. Toda la grey parroquial estaba sentada en los techos con los pasteles sin bendecir. Salía el sol. Era un cuadro extraordinario, como si fuese un sueño o un cuento. Iluminado por el sol, se nos presentó un mundo nuevo, desconocido. Todo era distinto, mejor, más fuerte, más alegre. El agua, las nubes, el torrente, todo corría en marcha sin fin, brillando al sol.

¡Primavera maravillosa!...

Remábamos con todas las fuerzas bajo el sabio mando de mi padre. Sentíamos calor y alegría. Papá estaba en la popa, risueño, vigoroso. Se sentía salvador de náufragos, navegante héroe, un Vasco de Gama. Y aunque la vida le ofrecía un charco en lugar de un océano, su alma era oceánica. Y por ser su alma tan grande como aquél, nuestro Vasco de Gama no resistía a veces tal desproporción y hundía sus barcos en las tabernas. Dicen que al ebrio, el mar le llega a las rodillas. ¡Qué va! No es verdad. Solo que sobre esto, yo me convencí mucho tiempo más tarde. Nuestro padre, hundía sus barcos con el deseo de que, de vez en cuando, en esa taberna inmunda el pequeño charco de su vida, tan solo por un instante se vuelva mar, mar sin fondo e infinito.

El agua aumentaba con furia. No tuvo tiempo

la gente de volver en sí, que quedó acorralada en una isla, y este pedazo de tierra comenzó a achicarse también, a hundirse.

— ¡Auxilio!...

El Bestrá corría por calles y henares, haciendo espuma, silbando por debajo de los zócalos de tierra de las casas y las puertas de los zaguanes. Inundaba los establos, corrales y cobertizos. Luego, después de haberse elevado de golpe a más de un metro sobre nivel, irrumpió en las casas por las puertas y ventanas.

— ¡Socorro-o!... ¡Auxilio-o-o!...

Las casas tambaleaban bajo el agua. Los animales rugían en los corrales. Los caballos se arrecieron en los ronzales metidos hasta el pescuezo en el agua. Se ahogaron los chanchos. De las aldeas vecinas venían flotando bueyes hinchados de agua. La inundación llegó hasta la iglesia, hasta el mismo iconostasio. Se inundó toda la aldea. Solo Yarem Bobir, nuestro pariente por parte del abuelo, no cayó víctima de esta catástrofe. Sabía las señas de todos los fenómenos naturales y creía especialmente, en los ratones. Supo de la creciente de antemano, en invierno aun. Para la Bendición, cuando los ratones comenzaron a huir de los cobertizos y despensas por la nieve, nuestro pícaro tío se dió cuenta inmediatamente de que en primavera habría desgracia. Por más que se burlaron los tontos e imprudentes vecinos, él desmanteló el alero del zaguán, hizo en el techo un corral, armó una escalera y llenó el desván de heno y bártulos. Y cuando la aldea en lugar de "Resurrección" clamaba su desesperado "Auxilio", toda la gran familia de Bobir, hacían su Pascua en el techo junto al pesebre rodeados de las vacas, los caballos, las

ovejas, gallinas y palomas, igual que en el cuadro aquel que pendiera hace tiempo en la iglesia.

— ¡Auxilio! ¡Se inunda la casa! — gritaban abajo.

— ¡Cristo resucitado! — contestaban arriba.

Aquí a Jesús, por culpa del agua aquella, le tocó oír lo que jamás oyó ningún asesor en pleito incompatible. Para colmo hubo rumores provocativos que daban a entender, de que la mujer del pope, para cuaresma, comió algo de carne y leche obtenido en la despensa a escondidas de su marido. Hubo un gran alboroto. Sin embargo, razonando debidamente, estos rumores no eran ni irreligiosos ni estaban en contra de Dios. Sentados en los techos, con los pasteles sin bendecir, entre el ganado bajo el agua, los creyentes deseaban quizás, que Dios fuese más misericordioso con el mundo que creó. Simplemente querían del Señor, de la Santísima Madre y de los demás santos, algo mejor y distinto a sus desdichas, tan avasalladoras e inoportunas.

Y realmente, ¿qué clase de pastel pascual del diablo era ése,— que Dios perdone — si había que comerlo sin bendecir? Toda la parroquia sobre los techos, mientras que en las casas, nadaban los siluros.

— ¡Resurrección, asentaderas mojadas!,— exclamó alegre mi padre cuando el bote, pasando por encima de un zarzo, chocó con la proa contra un alero.

— ¡No haga caso a la mala racha! — dijo desde allí Lev Kianitsa, un hombre adulto ya, y le acercó una copa a mi padre.— ¡Por gracia de Dios! ¡Sálvanos, Petró, pero no te rías, por favor!

Pronto el agua arrastrará la casa. ¡Oh, ya se mueve!...

¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Socorrito-o-o!,— gritaron las mujeres.

— "¡Nos iluminaremos con el día de la Santa Resurrección! La Pascua del Señor, es la Resurrección de Jesús, su vuelta a la vida y su posterior marcha de la tierra al cielo..."

— ¡Socorro! ¡Nos ahogamos...!

De pronto, por detrás de una de las casas, apareció un pequeño bote y en él, los chantres: el confesor Kirilo, el salmista Yakim y el sacristán Luká de timonel. Los personajes eclesiásticos hacía rato que iban de casa en casa, bendiciendo los pasteles pascuales y manteniendo el nivel moral y religioso de los parroquianos.

— ¡Venga, padre, aquí!... Los niños lloran por los pasteles.

— ¡Guarden paciencia, ortodoxos!...— exclamaba el confesor Kirilo.— El muy clemente Creador, nos envía Su signo en Sus aguas cual presagio de buenas cosechas... ¿¡Para dónde rémas, monstruo!?.. ¡Hacia el alero, hacia el alero!... ¡Ay, que me caigo!...

El sacristán Luká atracó juntito al alero. Los clérigos rociaban los pasteles y huevos pascuales con agua bendita primaveral, y así, poco a poco fueron tantas las copas que habían bebido para combatir el frío, que ya no supieron ni lo que cantar.

— Padre, aquí en vez de cantar "El día de la Santa Resurrección", sería mejor que cantase "La canción de los sirgadores", dijo riéndose papá en tono de broma.

— ¿De qué te ríes? — dijo irritado el padre

Kirilo, que no lo quería a papá, tanto por su belleza como por su irreverente carácter.— ¡Aquí también estás contra Dios, sacrílego, ateo malicioso!

— Padre, y Ud., confesor, y tú, salmista, con respecto a la Fe acordemos lo siguiente: no estoy en contra de Dios,— contestó alegremente mi padre, acercando con el lazo a una ternera semiahogada.— ¡Alejandrito, agárrala de las guampas! ¡Sosténla, no temas! Yo trataré de enlazarla por la panza... No estoy en contra de Dios, gente eclesiástica, ni en contra de las Pascuas ni mucho menos en contra de la cuaresma. Ni contra Su buey, ni el asno Suyo, ni toda la bestia de El... Y si a veces, encolerizo a Su Todopoderoso y Clemente ojo, no es porque no crea en El o crea en un Dios distinto.

— ¡Por tus palabras, arderás en el infierno!,— dijo el confesor en defensa de Dios.

— Es inútil que me asuste,— dijo papá, levantando habilmente a una ternera con una estaca y metiéndola en el bote.— Como pecador que soy, sé que ese es el único lugar donde iré a parar. Claro, Dios desde el cielo verá mejor que nosotros el por qué de las cosas, que fuego o que agua ha de lanzar sobre todos nosotros, que ratones o gusanos, que viento, seco o caliente, que gobernantes malignos o que guerra nos ha de mandar. Eso, en lo que concierne a El, pero por otro lado, yo, por ser creado por El, tengo intereses y sensatez, que por insignificantes, no son malos ni necios tampoco. Realmente, ¿con qué fin tendré que elogiar a Dios y especialmente para Pascuas viendo tal inundación? Ignoro sus planes respecto a esta porción de agua, pero no veo en ella nada bueno.

— Los senderos de Dios son incomprensibles,— contestó muy seriamente el padre Kirilo.

— Logicamente,— acordó papá y miró a su alrededor en forma comprensiva.— En planear tanta agua, existirá un gran sentido divino, pero lo que sé sin duda, es que tengo los pantalones mojados y el mechón sin secar.

— ¡Cállate, sacrílego!,— exclamó con ira el padre Kirilo y aquí ocurrió lo peor.

Tambaleándose en el bote el cura aleteó con las manos y cayó de cabeza al agua. El bote se dió vuelta. Del confesor y del salmista tan solo quedaron algunos globitos.

Fué una risa unísona la que se oyó en toda la aldea inundada; se alegraron los aleros. Las mujeres, las muchachas, los ancianos, los hombres y los niños. ¡Qué gente! Reirse así de la Santa Pascua, de sí mismos, de todo en el mundo, para el Día de los Santos, ¿y dónde? En los techos, acorralados por las vacas y caballos, allí donde asoman del agua fría sólo cabezas y cuernos. ¡No! El carácter nacional de esta gente no llegó a elevarse a la cúspide de la comprensión de la ley y de la racionalidad de la tragedia. Su carácter los obligó a mofarse incluso de la Pascua. Mirándolos, mi padre también sonrió. Sonrió un hombre grande y bueno.

¡Qué parroquia! Cada primavera, quizás más de mil años seguidos, sufre inundaciones y ni el mismo diablo los echa de aquí. ¡Lo que es la naturaleza!...

Papá enganchó con el remo al padre Kirilo de la cadena de oro y lo subió al bote igual que a un siluro, poniéndolo en su arca de Noé junto a las vacas y ovejas. Luego empezaron a sacar al

salmista, y reían tanto en ese trance que se olvidaron de Luká, el sacristán, que a lo mejor fué tragado por los cangrejos, no me acuerdo ya. Fué grande aquella inundación.

Mi aldea desapareció del mapa. Dejó de existir. Y no fué a causa del agua sino del fuego. En primavera también. Cincuenta años después. Y ardió en llamas por colaborar con los guerrilleros. La gente, la que no fue muerta, se tiraba al agua abrazada por el fuego. Se quemó la iglesia repleta de gente gritando. Las altas lenguas de fuego fulguraban en la noche, chisporroteando, estallaban en ruidos sordos, y entonces enormes capas de paja ardiente desaparecían en el oscuro vacío del cielo cual almas de madres muertas. Los asesinos perseguían a las mujeres por calles y huertas, quitábanle sus hijos arrojándolos al infierno de las isbas en llamas. Y las mujeres para no vivir más, no ver, no llorar, no maldecir, se precipitaban detrás de sus hijos ardiendo en el fuego del horrible juicio final fascista.

Los ahorcados miraban hacia arriba desde los siniestros cadalzos, hamacándose en las sogas y dejando caer sobre la tierra y el agua sus sombras espantosas. Todos los que no alcanzaron a huir a la espesura del bosque, a los juncales, para unirse a los guerrilleros, murieron. Dejó de existir esa mignífica aldea. Desaparecieron las isbas, las huertas, las buenas y alegres gentes. Sólo el blanco de los hornos desmantelados resplandecía en la ceniza.

Y yo también ardí entonces en ese fuego, viendo todas las muertes posibles: de hombres, bestias y plantas. Me vi abrazado por las llamas cual árbol o iglesia, hamacándome en la horca, disipándome igual que ceniza o humo después de cada

estallido catastrófico. A mediados del siglo veinte, vi hacer jabón de mis músculos y mis huesos triturados. Mi piel servía para encuadernar y hacer pantallas, yacía en los caminos de combate planchada por los pesados tanques de la última guerra de la humanidad. Ocurrió que no aguanté un día y entre consignas y llamamientos de venganza contra los enemigos, exclamé: "Me duele, ¡ay, como me duele!"

— ¿Por qué gritaste?,— me reprocharon.— ¿Qué fué lo que te obligó a proceder así? ¿El dolor o el miedo?

— El sufrimiento. Soy artista, perdónenme.

Y la imaginación, que siempre constituía mi alegría y mi maldición, me traicionó de súbito. Contemplando la desgracia, me pareció por un instante que no pereció mi aldea natal, sino que el pueblo todo. ¿Acaso hay algo más espantoso en el mundo?

Desde aquel entonces, comencé a consolarme con la idea quimérica de que la irreprochabilidad humana es en grado mayor, fortuna y buenaventura más que efecto de virtud. Sin embargo no tenía razón, naturalmente. No hay que olvidar jamás el fin que uno cumple y hay que recordar siempre que los artistas están predestinados por los pueblos a demostrar al mundo, antes que nada, que la vida es magnífica y es en sí la riqueza mayor y más grandiosa. Es extraño y da pena a veces que nos falta fuerza y claridad espiritual para compenetrarnos con la comprensión diaria de la dicha del vivir, vivir inconstante, permanentemente dramático y feliz y que tanta belleza pasa inadvertida frente a nuestros ojos.

Pero sentémosnos, por favor, una vez más en

el bote de sauce. Empuñemos los remos de fresno y regresemos al Desná, a sus alegres aguas de a quel año cuando para Pascuas estuvimos con papá salvando gente.

El agua primaveral, recuerdo, no bajaba por nada. Y varias semanas después, aun cubría praderas y hondonales. La siega comenzó ese año con retraso.

Los preparativos para la segazón eran siempre prologados. Hasta la entrada del sol. Idas y venidas, injurias, mi madre rezongando con alguien. Al verme, vociferaba:

— ¡Ay, otra vez en el carro!... ¡Dejen al chico, por lo menos!... ¡Se lo van a comer los mosquitos!...

— No temas, volverá intacto,— decía con enojo mi padre.

— ¡Entonces se va a ahogar en el Desná y que me parta un rayo si no es así!...

— ¡No me ahogaré, mamá!

— ¡Ignorante!... ¡Te caerás de la pendiente a una sima! ¡Dios mío!...

— Pero mamá, por que he de caerme... deje...,— dije casi llorando.

— ¡Entonces te cortarás con la guadaña! Dime, ¿no andarás a los saltos entre ellas?

— ¡No! ¡Por Dios, se lo juro, mamá!

— ¡Mientes! Alejandrito, quédate en casa,— sigue rogando mamá.— ¡Es tan feo allí en los matorrales!...

— No hay nada malo ni feo, mamá.

— ¡En las lagunas hay pozos!

— No andaré por allí.

— ¡Ay, el bosque está lleno de víboras!

— ¡Cálmese, mamá, por piedad!

— No vayas, hijo mío... ¡No lo dejen ir!...

Por suerte, nadie prestaba atención a los ruegos de mi madre. Mi padre echaba una última mirada al carro.

— ¿Llevamos todo lo que se precisa?

Todo: papas, cebollas, pepinos, pan, una cazuela, un gran plato de madera, una red, una harpillera, guadañas, una horquilla. El carro estaba listo.

Se abrió el portón. Mi madre se persigna. Nos hace señales. Los caballos se ponen en marcha, dejándola atrás.

No volví la cabeza. Junto a la casa un cuclillo canta su cu-cu de despedida.

Largamente, más de una decena de años, me acompañará mi madre mirando hacia el camino con sus ojos llenos de lágrimas, persignándose sobre mi huella, rogando bajo el crepúsculo vespertino y también al rayar el día, para que no me tumbe ni una bala, ni un sable, ni una ruin calumnia...

Más de una vez zanquearé rumbos lejanos y alarmantes. El adiós se transformará luego en mis cuadros. La despedida hará nido en mi corazón. Todos abandonarán a alguien y apresurarán a reunirse con la incertidumbre, y alguien sentirá lástima. Pero por ahora lo ignoro aun.

Yazgo en el carro. De espaldas a mí, papá y el abuelo con los guadañeros. Me llevan al reino de las hierbas, de los ríos y los arroyos enigmáticos. Todo el carro nuestro es de madera. Mi abuelo y bisabuelo fueron carreteros y por serlo, no gustaban del hierro, ya que éste atraía a los rayos durante la tormenta. Hasta el Desná había cerca de cinco kilómetros y medio de camino duro.

Había que cruzar charcas llenas de troncos podri-

dos que no se secaban nunca, dos puentes, después una charca más, luego los caseríos colmados de perros y la aldea Male Ustie por calles angostísimas y torcidas; más allá había que ir a lo largo del río por la varga con peligro de caernos al agua; después doblar a la derecha hacia abajo y de aquí, tomando impulso y vadeando el río, subir y bajar, subir otra vez y bajar de nuevo; luego hacia la derecha dos veces y nuevamente a lo largo del río, entre abetos y robles. Y entonces, allí, sobre el mismo Desná, estaba mi reino.

Durante el viaje, los guadañeros charlaban. Al llegar a las charcas, desmontaban del carro, subían de nuevo y otra vez veía a mi alrededor, sus enormes espaldas y sobre ellas las enormes guadañas que empuñaban como los guerreros empuñan sus armas. Veía la luna nueva y las estrellas que alumbraban en lo alto del cielo oscuro.

Huele a pepinos, a pan, a padre y a guadañeros, huele a pastizal y hierbas, se oyen murmullos lejanos y... enseguida el gorjeo del rascón y de la codorniz. El carro errante rechina debajo mío y la Vía Láctea en el cielo azul indica el rumbo. Observo mi cielo y giro con el carro y los guadañeros a la derecha y a la izquierda, y el universo estelar gira a la par, e imperceptiblemente me fuí durmiendo feliz.

Desperté a orillas del Desná, bajo un roble. El sol estaba alto, los guadañeros lejos. Las guadañas tintineaban, los caballos pastoreaban. Huele a pasto marchito, a flores silvestres. ¡Qué bello es el Desná! Mimbres, terraplenes, declives, el bosque. Todo brilla y resplandece bajo el sol poniente. Salté de la pendiente a la arena, me lavé, bebí su agua, agua acariciadora y dulce. Bebí otra vez

metido hasta las rodillas en ella, estirando el cuello como un potrillo. Luego subí a la pendiente y ¡hala!, a la segazón. Y ya no ando sino vuelo sobre el prado, apenas rozando el suelo. Me interné en el bosque y vi hongos. En el mimbral crecían zarzamoras. En las matas, avellanas. Enturbié el agua del arroyo y vi peces.

Así, en ese paraíso, pasaba dos o tres días hasta que no terminaban de segar. Acarreaba leña a la cabaña, encendía fuego, mondaba patatas, recogía zarzamoras para el aguardiente de los segadores. Después de la segazón comenzábamos conjuntamente a rejuntar el heno. Pero poco a poco iba cambiando ese mundo encantador: papá, abuelo y el tío, se tornaban no sé por qué taciturnos y preocupados, cierta sospecha aparecía en sus ojos. Es que comenzaban a dividir las hacinas.

La segazón era colectiva. Nadie podía dividirla, pues cada uno temía que le recayera ese tercio que crece en el recodo del Desná castigado despiadadamente, año tras año, por las aguas primaverales. Por eso segaban y recogían colectivamente. Luego dividíanse. Y solo así, cada uno hacinaba lo suyo junto a su cabaña. Pero igual resultaba, que ninguna segazón terminaba en paz. Parecíales siempre, tanto a papá como a tío, que alguien se llevó una hacina de más a fuerza de cualquier embrollo. Entonces empezaba el intercambio de palabras, los corazones se colmaban de ira feroz y nuestros grandes padres, comenzaban a reñir, a gritar, luego a pelearse junto al Desná, río encantado.

Se peleaban con grandes estacas, rastrones, mangos de horquillas, empuñándolos con las dos manos como antiguos guerreros. A veces se corrían hacha en mano, pegando alaridos tan fuertes y

siniestros, que el eco bajaba al río por encima del bosque Cherviak y de las quietas y misteriosas lagunas. Entonces nosotros, los niños, comenzábamos a odiarnos los unos a los otros, mejor dicho, nosotros con mi hermano a los hijos de Samiylo, dispuestos también a pelear. Pero temíamos. Para el odio completo nos faltaban años y adversidades. A parte de esto, no sentíamos gran deseo de perder nuestra camaradería de pescadores. Volvíamos entonces las espaldas para no ver a nuestros pequeños enemigos.

Sólo los caballos no tomaban parte en la querella. Ellos pastaban juntos, igualmente flacos y calludos, con grandes costras en sus lomos lastimados, cabeceaban observándonos indiferentemente y espantando a sus tontos moscardones.

En estas luchas desesperadas se distinguía mi abuelo por su valentía e intrepidez. Hace medio siglo que ha muerto, pero toda mi existencia recordaré esa combativa pasión escondida en su pecho bonazo.

Era capaz a una incandescencia de ira frenética tal, que un general o el artista más grande del mundo, le hubiera sentido envidia.

Durante la gresca estaba que ardía. Su ancho pecho bamboleaba dejando oír su desordenado pitar, roncar y cacarear. Pero todo se aturdía al conjuro de su grito bélico: "¡Siberia de nuestro zar!".

Con esta potente consigna se arrojaba al ataque cual verdadero cacique de aquellos prados, hasta que la hernia no lo tiraba a la hacina, donde se revolcaba de espaldas, enredando las piernas e incluso los dedos de los pies. Apretujaba su hernia con las manos, empujándola hacia adentro como a un espíritu malo. Habiéndola domeñado un

poco, abuelo cogía una horquilla o un hacha y lanzábase estrepitosamente al corazón del mismísimo infierno. Entonces el invasor Samiylo no aguantaba la arremetida de mi abuelo y apretaba los talones hacia los robles. Ellos corrían entre los árboles y hacinas, pero en vano huía Samiylo. Tropezó, se agitó un poco y comenzó a gritar:

"¡Ay, auxilio!"

Mi abuelo amagó con el hacha...

Entonces no aguanté, cerré los ojos, mientras ellos se hacheaban como si estuviesen cortando leña. La sangre corría a ríos. Cortaban cabezas y manos, hundían las hachas en sus pechos enardecidos y la sangre, repito, saltaba a chorros. Se separaban para volver a atropellarse a horquillazos, mientras gritaban:

— ¡Te voy a matar!...

— ¡Te voy a atravesar!...

— ¡Auxilio!...

— ¡Ah!...

Loco de ira, Samiylo se arrojaba contra mi abuelo atravesándolo con la horca y aplastándolo contra el rastrojo igual que San Jorge el Victorioso a la serpiente. Mi abuelo gritaba de manera tan desesperante que hasta las hojas de roble susurraban y se extendía un eco tal, que obligaba a las ranas a saltar a los charcos y a la corneja, sobre la que hablaremos más adelante, revolotear sobre el bosque. Sin embargo abuelo alcanzaba a asestarle por último, desde abajo, un hachazo por la calva partiéndosela en dos como un melón. Entonces Samiylo...

Así eran aquellas batallas.

Estas terribles sarracinas terminaban por ahí, por el anochecer, siempre felizmente. Resultaban

todos vivos y sanos, pero sofocados por el fuego interno. Los caciques quedaban pálidos, víctimas del susto y se separaban cada uno a su cabaña, mirándose amenazadoramente.

Mi fogoso abuelo largo rato no podía volver en sí. Era un guerrero apasionado y después de la pelea bebía un buen jarro de agua fría, sin olvidar de hacer sobre ella, la señal de la cruz.

— ¿Vamos a merendar o qué?

— ¡Que merienda ni ocho cuartos! Hay que cenar ya,— contestaba mi padre, mirando con odio tremendo a la cabaña enemiga.

Después de la cena se acostaban a dormir. A veces yo me dormía antes, mirando el cielo estrellado o el Desná, o el fuego donde se hacía la papilla. Entonces papá o abuelo, me sacudían buen rato para que vaya a cenar, pero era imposible despegar los párpados. Quedaba como hundido en el más profundo de los sueños.

Abuelo gustaba dormir debajo de un roble. Antes de dormirse bostezaba tiernamente buen rato, como perdonando al mundo todas sus diabluras, y relataba a los guadañeros sus años juveniles, su vida errante, como cambian las cosas. Antes era mejor. Los ríos y arroyos eran más hondos, los pescados más grandes y sabrosos, los bosques estaban repletos de hongos y bayas, eran más tupidos y había tanto pasto en ellos que ni las víboras podían pasar. ¿Acaso ahora hay pasto?

— Ni que hablar,— decía entre bostezos el guadañero Troyhub.— Todo languidece, todo pierde cuerpo...

— ¡Ah-h!...— continuaba filosofando mi abuelo debajo del roble.— Antes sí que caían rocíos y lluvias, y los barrizales se mantenían largo tiempo.

Hoy día seguramente que bien pronto se secará todo y nos quedaremos en la nada.

— ¡Sí!... ¡Así será no más!... ¡Ah-a-a-j!...— consentía Troyhub bostezando entre sueños.

— ¿Y los mosquitos que había? — recordaba mi abuelo con arrebato.— No se podía abrir la boca. Y eran grandes como osos. ¿Y los de ahora? Como si no existieran... O por ejemplo los rascones. No dejaban dormir de noche con su tableteo, que Dios me castigue si miento. Y ahora apenas uno que otro se oye. ¿Han oído? Seguro que ellos tambien vienen menguando...

De verdad, dos rascones que alborotaban en el pastizal junto al río, se callaron de pronto como comprendiendo que las palabras aquellas trataban de sus rasconas existencias.

Yo escuchaba la conversación debajo de los robles sintiendo morriña y pena de que el mundo se arruinará antes que crezca y de que no habría más segazón ni pescados.

— ¿Quién te dijo eso?,— preguntó papá cuando me acerqué a él lloriqueando.

— Abuelo.

— No le hagas caso, hijo. Abuelo está viejo y no comprende nada. La gente vieja es tonta. El también es tonto. Lo único que sabe es comer y hablar boberías. Ya lo dice el refrán: "Cabeza gris, hombre infeliz".

— ¿El Desná no se secará, papá?

— Claro que no. Quedará intacto. Duérmete pués.

— Acabarán todos los pescados.

— No te preocupes. El pescado hoy día es pícaro. Antes el hombre era más tonto y el pescado también. Ahora la gente se volvió más inteligente

y el pescado, aunque menudo, lo mismo y además se hizo terriblemente pícaro. ¿Quién lo pesca hoy? No te aflijas y duerme.

Presto atención. Oigo un chirrido y algo que chapotea en el río. Miré hacia allí y ví un fanal: eran balsas que pasaban. Se oían voces. Entonces volví a preguntar:

— ¡Papá!

— ¿Qué, hijo?

— ¿Quiénes son los de las balsas?

— Son de lejos. Genta rusa. Vienen viajando desde Rusia.

— ¿Y nosotros? ¿Acaso no somos rusos?

— No, no somos rusos.

— ¿Y entonces quiénes somos? ¿De dónde somos, papá?

— ¡Qué sé yo! — dijo con tristeza mi padre.— Gente humilde, hijo mío... *Jajlí*...* Somos los que siembran el pan. Mejor dicho, somos mujiks... Sí... ¡Ay-ay-y!... ¡Nada más que mujiks! Antes, dicen, había cosacos, ahora quedó apenas el nombre...

— Abuelo cuenta que antes los mosquitos eran grandes...

— Bueno, no discuto. En eso comprende mucho. Toda su vida anduvo vagando por las estepas alimentándolos y gastando plata en las tabernas. Da miedo acordarse de aquello que hubo.

— ¿Y qué hubo? — se oyó de pronto la voz ofendida de mi abuelo.

— ¿Y qué fue lo que no hubo? Sería mejor si callara,— contestó con tristeza mi padre.

Ellos hablaron sobre otras cosas aun, pero yo no todo comprendía. Solo sentía que antiguamente,

---

* *jajlí*: nombre despectivo que se aplicaba a los ucranianos.

no todo era agradable en la vida. Había mucha desgracia y una gran tristura.

Se hizo silencio. Roncaban los guadañeros debajo de los robles. Mi abuelo bostezó largamente, luego persignó su boca, la raíz del roble, el río, todo en derredor y se durmió.

Se oyó el susurro de los rascones, las codornices, el alcaraván y otros pájaros más. Chapoteó un pez grande en el Desná y me dormí también.

Para buen tiempo, a la segazón venía una corneja. Según decían, frecuentábanos ya hacía siglo y medio. Era, como quien dice, nuestra corneja hereditaria. Se posaba sobre nuestra cabaña, encima de algún álamo, viéndonos y viendo lo que bebíamos, comíamos, pescábamos, cuando y donde matábamos con la guadaña algún rascón o alguna codorniz. Veía a los pajarillos del bosque entero, oía todo, y, lo que es más importante, adivinaba el advenimiento de la lluvia o del trueno en el más límpido de los cielos.

Abuelo, al oír los tres graznidos repentinos que lanzaba la corneja con voz especial, de golpe comenzaba a toser y bostezar, y nosotros a su vez, sin más tardanza, dejábamos los rastrillos y horquillas y bostezando también, nos tirábamos somnolientos en las hacinas. Samiylo era el único que no reaccionaba al hechizo del ave, al contrario, temblaba de ira.

— ¿Cuándo reventarás?... ¡Pss, demonio!...

Mi tío Samiylo no era ni profesor, ni médico, ni ingeniero. Ni era tampoco, como se puede ver por el nombre y por lo aquí dicho, ni juez, ni jefe de policía, ni mucho menos cura. No tenía condiciones para cargos altos. No era siquiera un buen

agricultor. Sus facultades intelectuales eran insuficientes para esta compleja y sabia profesión.

Pero, al igual que las demás personas, poseía su talento propio y se hallaba en él. Era guadañero. Era tan buen guadañero que la gente se había olvidado de su apellido y le llamaba Samiylo Guadañero o simplemente Guadañero. Manejaba su herramienta como un verdadero artista maneja su pincel: con facilidad y maestría. Si se le hubiera podido mandar, así, simplemente, a que guadañe, sería capaz de cortar todo el pasto del mundo, con tal de que fuese pasto bueno y hubiese pan y papillas.

Excluyendo esta su ingeniosidad, como por lo general ocurre con personas de dotes limitadas, era poco inteligente y si se quiere, un tanto endeble.

Por más que hubo maldecido y amenazado a la corneja, no pasó ni media hora y por detrás del bosque apareció una nube grande, gris y oscura. Se echó a llover.

La corneja conocía perfectamente a cada uno de nosotros, sabía quién es quién y a que aspiraba. Cierta vez, papá, habiéndose enojado con ella por presagiar lluvia, pidió a Tíjon Bobir, el único cazador en todo el distrito, que la matase con un rifle de avancarga. ¿Y que les parece? No alcanzó papá a cerrar la boca, cuando la corneja levantó vuelo de su álamo, cruzó el Desná y se posó en un roble. Y aunque Tíjon se negó categóricamente pegarle un tiro a un ave protegida por la Ley Divina, la corneja volvió del roble sólo al anochecer y pronosticó una lluvia con truenos tan fuerte, que arruinó todo el heno.

Aquí el lector podría decir que una corneja semejante, no es un caso típico y que la lluvia

hubiera podido arruinar el heno sin sus agorerías y sin la tos de mi abuelo, sino que simplemente en base a un pronóstico meteorológico puramente científico. Yo diría que sí, que es posible. Pero yo no tenía el propósito de describir lo típico, sino unicamente lo que ocurrió una vez en el Desná, justito allí donde desemboca el Seim.

A propósito, ya que empezamos a hablar del tiempo y del cazador que se negó a matar el ave aludida, tendremos que describir a esa persona. Sin embargo, para crear un cuadro completo, habrá que pintar su imágen inconfundible no en una forma común, sino, para así decirlo, desde el punto de vista de los patos que abundaban en nuestro arroyo. Y no tanto para florear una belleza de estilo como para acentuar los visos de veracidad, puesto que él mataba a los patos y no al revés.

— ¡Oh!... Ahí viene cojeando...— por lo general graznaba la pata a sus patitos.— ¡Ea, al espadañal!... Se balancea, desgraciado...

Los patitos desaparecían en un abrir y cerrar de ojos, la pata huía, zambullendo sin ser vista. En el arroyo se hacía silencio. A sus orillas iba acercándose Tíjon con un abirragado perrito de caza. Si los patitos, metidos entre el nenúfar, desobedecían las órdenes de su madre, la pobre, alterada, gritaba impaciente:

— ¡Auxilio!... ¡Apunta! ¿Ven? Ahora mismo, de un tiro desplumará a alguien...

Tíjon Bobir, de verdad estaba apuntando desde la orilla.

— Bueno, ¿qué ocurrirá? ¡Ay, patitos, estamos perdidos!... ¡Chito!, no chapoteen, demonios,— graznaba la pata desesperada. Los patitos se apaciguaban, ni se movían... No se oía un susurro siquiera...

Bien. Ahora, mientras el tiro no ha estallado aun, tendremos tiempo de hablar de Tíjon, desde nuestro punto de vista, es decir, como persona. Era un hombre pobre y por eso, para no malgastar cartuchos, se hizo por fuerza puntero. Sin embargo, no siempre se dedicaba a cazar patos. ¿Por qué? Pués bien. Las piernas de Tíjon no estaban en pleno acuerdo una con la otra. Una era mucho más corta y delgada y no se doblaba ni cuando él dormía. A consecuencia de esta dialéctica de la naturaleza, los patos somorgujos, las perdices, avefrías, todo nuestro mundo avícola le conocía de lejos y escondíase en el espadañal o bajo el agua, entre los nenúfares. De esta manera, hasta la pierna coja servía en ciertos casos, para armonizar o equilibrar las fuerzas naturales.

Por otra parte, el rifle de Tíjon contribuía también a esta armonía. Era tan antiguo que su dueño llevaba siempre el gatillo en el bolsillo, colocándolo en su lugar en el momento del disparo. Tíjon gustaba apuntar con esmero.

— Bueno, don, tire de una vez,— le murmuro a Tíjon con el corazón alerta a la espera del estallido.

— Tire... ¡Ahí salieron!... ¿No ve acaso?... ¡Pero don Tíjon!...

Aspiro aire profundamente y dejo de respirar. De tanto esperar me vuelvo azul. Sin embargo el cazador no efectuó el tiro. En lo más culminante del momento desapareció el gatillo. ¿Dónde está? Seguramente se cayó perdiéndose en el pastizal. Registramos buen rato la hierba, los arbustos. Ya comenzaba a anochecer, pero el gatillo no apareció. ¡Ay que desdichado soy! Para colmo los patos empezaron a revolotear. La pata vieja también notó

que nuestros asuntos iban mal y salió nadando con toda la nidada.

— ¡Tiren de una vez!... ¿O es que se han quedado dormidos? — Se oyó de lejos la voz de papá.

— No, don, hoy es en vano. Creo que dejé el gatillo en casa, en el chaleco,— contestó tristemente Tíjon y se fué cojeando rumbo a la aldea. Casi me puse a llorar de la rabia. El perro también se puso triste y luego de dar algunas vueltas, se fué yendo sin ganas, a pasitrote. Los patos se alegraron, chapoteando festivos. Llegó la noche y ellos seguían con lo suyo.

Para que lo sepan, Tíjon no levantaba su mano más que a los patos. Y está claro que otras aves, ya sean rascones, codornices, chorlitos o perdices, podían caer bajo la guadaña o ser sorprendidas en el pastizal. Acerca de las chochas, becadas y otros bichos, nadie sospechaba de que existiesen siquiera en el mundo. Por encima del monte, volaban quien sabe que sombras ignorándose que diablos son. No se divisaban.

Animales salvajes había pocos. Los únicos que habían eran el erizo, la liebre, el turón. Los lobos habían desaparecido y el término "lobo" se consideraba injuria específica del abuelo: "Que te coma un lobo". Había leones, pero pocos también. Una vez sola ví a uno en el terraplén del río, pero por más que lo digo, nadie me lo quiere creer.

Y sucedió así. Tiramos con papá las redes al Desná y nos fuímos en canoa hacia la cabaña, casi a un dedo del agua. El río estaba quieto, el cielo estrellado. Era una satisfacción deslizarse a favor del a corriente, era como si uno fuese volando en el espacio celeste. Me fijé en el agua

y ví a la luna sonriente. "Salpiquen, peces" — pensé — y los peces salpicaron. Levanté la vista al cielo y pensé: "Cae, estrella", y ella cayó. El agua olía a hierbas. Yo pedí: "hierbas, quiero melodías", y se oyeron las codornices. Me fijé en la fascinante costa, inundada de luz plateada: "Preséntate, león",— pensé sin quererlo — y creanme, el león apareció. La cabeza grandota, la melena erizada y una cola larga con borla. Lentamente iba por el terraplén, cerquita del agua.

— Papá, fíjese, un león,— le susurré a mi padre como hechizado.

— ¿Dónde está ese león? ¿A ver?...— Y empezó a seguirlo atentamente con la vista hasta que nos acercamos a él. Papá levantá el remo y de plano chasqueó el agua. ¡Ay, qué salto y qué rugido pegó el felino! La luna se precipitó como un trueno. Se me salía el alma por la boca. La costa toda, la escarpa, los mimbres, todo el distrito temblaba. Papá casi suelta los remos y, aunque era un corajudo, también se abatató y quedó inmóvil hasta que nuestra canoa fue arrastrada a la varga. Quedamos en silencio una media hora, nos dimos vuelta y no vimos ni terraplén ni león: éste huyó al mimbral.

En la cabaña, a orillas del Desná la hoguera ardió hasta el amanecer. Yo sentía miedo del felino y un poco de lástima. Ni papá ni yo, sabíamos que es lo que iríamos a hacer cuando el león comenzara a comer nuestros caballos o al abuelo, quien dormía debajo del roble. Escuché un buen rato esperando oirlo rugir de nuevo. Mas, no rugió. Antes de dormirme me vino un deseo loco de criar leones y elefantes, para que por todos lados fuese lindo e intranquilo. Estaba aburrido de ver tan solo terneros y caballos.

Al día siguiente, dijeron que el león no tuvo suerte de vivir mucho tiempo fuera de su jaula. Luego del accidente que acaeció con un tren cerca de Bajmach, se rompió la jaula de un circo ambulante. El animal se vió libre y sintió tanta pena al mirar a su alrededor y quizás, tanta repugnancia de los espectadores, de los domadores y de todo el mundo, que se lanzó hacia el Desná en busca de un poco de descanso. Pero no alcanzó a hacer menos de treinta kilómetros, que lo alcanzaron y acorralado por todas partes, fué muerto por ser león. No tenía derecho de andar junto con los terneros y caballos. Como animal de tiro no servía. ¿Qué provecho entonces? Si hubiese sabido ladrar o balar, pero no, no servía su voz; era tan bronca que las hojas se marchitaban y la hierba se aplastaba... Bueno...

¡Ay!... ¿Pero que estoy escribiendo?... Creo que aquella noche no era yo el que iba en canoa por el Desná. Iba papá solo y yo estaba en la cabaña, debajo del roble, al lado de mi abuelo. Posiblemente fué así. Pero, de cualquier manera, el león pasó por la orilla. Y cerca de Spaski fué matado por los guardianes.

Aquí es hora de poner punto final al león y pasar a describir los animales domésticos, porque empiezo a sentir cierta inseguridad en la pluma: comienzan a despertarse en mí los redactores. Viven por doquiera a mi redor. Uno detrás de mi oreja izquierda, otro debajo de mi mano derecha, un tercero sobre la mesa, un cuarto en la cama (para las redacciones nocturnas). Todos ellos están colmados de sentido común y odian los puntos oscuros. Su objetivo es que escriba distinto de los demás o algo mejor o peor que otros.

Allí donde mi corazón está frío, lo enardecen; cuando empiezo a arder en el fuego de mis propias pasiones, ellos enfrían mi cerebro para evitar lo casual.

— Pues, algo saldrá,— les digo.— Mi asunto requiere lo positivo. ¡Os ruego!...

— ¡No!

— ¿Por qué no escribir que siendo niño, en el Desná, deseaba que hubieran leones dondequiera y que las aves silvestres se posasen sobre mi cabeza y mis hombros, no solamente en sueños?

— ¡No es verídico y por lo tanto, los lectores no podrán comprenderlo!

— Pero es que era un niño aun y no poseía sentido de cordura. Parecíame entonces que eso traería provecho.

— ¿Qué provecho?

— Bueno, si no para provecho, quizás para felicidad.

— Tachamos sin vuelta de hoja, puesto que el león en definitiva hubiera podido pasar inadvertido, suponiendo incluso que esto no es pura fantasía.

— ¡Ay!... ¡Para qué!...

— ¡Cálmese! Podríamos cambiarlo por algo de más asonancia. Se podría escribir de los caballos... ¿Ustedes tenían caballos?

— Me dá vergüenza escribir sobre eso.

— ¿Por qué?

— Eran flacos y feos.

— Bueno, pero entonces se los podría generalizar un tanto.

— Es que no se les puede generalizar. Nuestros caballos tenían escara. A parte de esto, eran cohibidos.

— ¿Y qué tiene que ver?

Realmente, los caballos eran algo tristes y por eso antes de comenzar su descripción, recordaré algo más consolable, luego pasaré a hablar de ellos.

Vivía buen tiempo con nosotros, Pirata, un buen perro. Era un can grandote, en años ya, orgulloso y serio, con dos rabos peludos y dos pares de ojos, de los cuales el par superior, fijándose de cerca, eran dos manchas rojas en la frente oscura.

Una vez, estando en el mercado, en Borzna, donde papá vendía alquitrán, el perro desapareció. Nos dió lástima y nada más. Pero un domingo, como a las cinco semanas, justo después del almuerzo, cuando estábamos todos al lado de la casa cascando pepitas, vimos a Pirata que se acercaba, cansado, flaquísimo. Al ver de lejos a todo nuestra familia y a la casa, cayó de panza y vino arrastrándose más de cien pasos, revolcándose y llorando de la gran alegría con una voz tan alta, como si fuese el hijo pródigo de las Sagradas Escrituras.

— Soy yo, vuestro Pirata. ¿Me reconocen? — ladraba entre lágrimas.— ¡Oh, qué feliz soy!... ¡Qué difícil me fue sin ustedes!... Créanme, casi me muero de pena, casi me vuelvo rabioso, les juro...

Nos emocionó tanto con sus lágrimas, que papa incluso, odiando como odiaba los sentimentalismos, casi lloró. ¡Así suele ocurrir a veces! Un simple perro es capaz de conmover al hombre. Mamá lloraba asiduamente, repitiendo con leve sonrisa: "¡Ojalá revientes!... Imagínense, es un perro y tan piadoso. Miren como se arrastra. ¿A quién has salido, impuro?..."

Ni que hablar. Era inteligente el buen perro. En casa disfrutaba de todos los privilegios de la vida perruna, y no solamente por ser buen guardián

y vigilante. El era un perro trabajador. Gustaba ayudarnos en los quehaceres domésticos, haciendo por propia iniciativa cualquier clase de tarea: traía pepinos de la quinta entre sus dientes y los amontonaba en el huerto; se comía los huevos de gallina que hubiese de sobra. Tenía un hijo ya, también llamado Pirata pero joven aun, alegre y sagaz. Con su naturaleza artística, alegraba a toda la pandilla del lugar. Era juguetón. Era, por así decirlo, un artista perruno. Jugaba con los terneros, los lechones, las gallinas, jugaba con las palomas y los gansos, tanto propios como ajenos. Solían los dos con el padre, entregados a la sublime inspiración canina, travesear hasta tal punto, que sus circunstanciales compañeros de juegos resultaban mutilados o muertos. Entonces ambos artistas huían a donde les llevaba el viento o se escondían rapidamente en el tabacal, en espera a que pase el agudo momento de sus travesuras. Mientras tanto, la gente recogía las plumas y comíanse asadas a las pobres víctimas del arte. Mamá aseguraba que mientras saboreábamos así una gallina en la quinta, ambos Piratas nos observaban desde el tabacal y reíanse a lo perruno de nosotros.

— ¡Ojalá revienten! — rugía mi abuelo con voz terrible, tirando a los artistas algún hueso. Los atolondrados y culpables canes huían en silencio quebrando las plantas de tabaco.

A veces ¡se mete cada cosa en la cabeza! No, no son recuerdos sino quién sabe qué. ¿No sería mejor hablar de los caballos?

Sí, de aquellos caballos...

Tenía la impresión de que los caballos y las vacas sabían un no sé qué, un mal secreto, pero que a nadie se lo dirán. Yo comprendía sus almas

oscuras y prisioneras, y, a consecuencias de ello, creía en hechizos, especialmente de noche cuando en derredor la vida era distinta. Teníamos diversos caballos. Papá los permutaba seguido en el mercado. Unos eran pícaros, otros malos. Existían almas caballares desdichadas y humilladas. Entre ellos había pecadores por siempre asustados, maldecidos, preocupados o embrujados. Vivían su vida, deprimidos, ajusticiados eterna e irrevocablemente. Y esto se notaba a la entrada del sol, al mirar largamente, de cerca, el ojo grandote y gris oscuro de un caballo.

Uno de ellos se llamaba Murai, otro, Tiahnebida. Ambos eran viejos, enjutos. Me olvidé ya, o quizás nadie lo sabía con exactitud, de qué pelaje eran. Estaban cubiertos de costra y se rascaban contra lo que veían más próximo. Y en el patio, por donde no se fijara uno, en todo palo o saliente, se veían huellas de sus rascamientos como si todo el ambiente tuviese escara. Será por eso, evidentemente, que ni en la vida real ni en los escritos, no existió un niño que haya soñado más que yo con la belleza equina y que la fealdad caballar lo avergonzase tanto como a mí.

Murai era muy viejo y triste. Tiahnebida, aunque más joven, era en cambio más inteligente y bueno que aquél; pero tenía las patas recalcadas y cuando pastaba en el barrizal, se le arrecían a veces y entonces caía en el fangal. Yacía hasta la madrugada, porque los caballos no saben pedir socorro. De mañana, habiendo despertado bajo los abrigos de sayal, íbamos a sacarlo de la cola como a un ictiosauro. El nos permitía hacer así y mirábanos según creíamos, con amor y agradecimiento. Yo lo quería por su mala racha y su inteligencia.

Sí, era inteligente y bueno, pero absolutamente sin una gota de heroico, de pose o de aquello que hace decir de los caballos en las canciones y villancicos.

Y qué decir, de hermosura y gallardía en ellos no había nada parecido siquiera.

¡Ah, que caballos feos que teníamos!... Al acordarme, siento vergüenza y lástima de ellos, aun hoy, después de medio siglo. Vivían mal. Había mucho trabajo, el forraje era malo, los arreos eran viejos, no había ningún respeto. Papá solía gritarles atrozmente, maldecirlos, castigarlos a cada rato por donde venga, agitado y blanco de ira.

Una vez de noche, a orillas del Desná, acostado en el heno y mirando las estrellas, oí la conversación de los caballos que pasteaban después del duro trajinar diario. Hablaban de nosotros, de papá justamente.

— ¿Y por qué es tan malo, no sabes?

— No, no sé. Apenas me sostengo de tanto tirar.

— ¿Y yo? Sé de lo mismo que tú: de la collera, del pértigo y del látigo. Y encima los gritos...

— Yo también sé de sus gritos. Estoy harto de ellos. Me siento tan triste y tan mal.

— Y yo me siento triste. Antes galopaba por las nubes.— Tiahnebida estiró el pescuezo y miró hacia el Desná.— Miles de años atrás, antes de los carros y los arados, sobre mi lomo viajaban profetas. Tenía alas aun. Mi tataradeudo era rey o dios de los caballos, según decía mamá.

— Yo también tuve alas, pero las perdí. Me quedé sin alas y sin belleza. Solo tengo mataduras en el lomo. Por lo menos un sillín como la gente nos haría. Pero no. Tengo el alma martiri-

zada por su maldad. ¿Me crees? No hay día que no me castigue. Y en vano: apenas me sostengo.

— Es verdad. Pero no es a nosotros que maltrata.

— ¿Qué me dices? ¿A quién entonces, si nos duele a nosotros?

— Caballito, él castiga a su miseria. Somos flacos, llenos de mataduras, débiles, eso es. Su carácter es antiquísimo, heroico. ¿Acaso le hacen falta matungos así? Ayer, cuando me enterré con el carro en el fangal y sentí en mi lomo el duro mango de su látigo, vi su boca abierta y advertí en sus ojos un sufrimiento ardiente, profundo, infinito. ¡Qué vá con nuestro sufrimiento! Y pensé: a tí también te duele, maldecido y desdichado humano.

— ¡Chito!... Mejor es que pastemos en silencio. Allí está su hijo,— dijo Murai, advirtiéndome en la hacina.

Desde aquel día, nunca jamás castigué un caballo.

— ¡Permítannos un villancico!...— oigo la voz de una muchacha que llega desde el patio. Me trepé a la ventana de un brinco y vi como si la luna llena asomara en el cielo estrellado, alumbrando la casa para Año Nuevo. En el pequeño ventanuco, junto a la estufa, brillaba la tez de una doncella, rosada del frío.

— ¡Permítannos un villancico!...— volvió a pedir la misma voz.

— ¡Canten! — permitió mamá en voz alta.

— ¿A quién?

— ¡A Alejandrito!...

— "Alejandrito, el guapo, a vender salió, Noche Buena..."— cantaron cuatro mozas a la vez;

y no sé si fue por el frío o por la letra del villancico, por las muchachas o por la emoción, pero la canción se oyó timbrada y alta y el mundo tornóse solemne. Sentí en mi pecho de niño una gran emoción. Recostado en un banco, frente á la ventana, debajo de las toallas que pendían en la pared, para no ser advertido por las mozas, me volví todo oídos. Entonces ellas, larga y serenamente, cual si flotasen en las lejanas inmensidades del tiempo, a unos setecientos años quizás, cantan prediciendo mi destino. Y prestando oído a esa letra hechicera, comienzo a imaginar: mozo crecido y guapo, voy a caballo por la feria, entre mercaderes y compradores. Y pareciera que me veo obligado a vender mi caballo, pues rezan así las letras mías: "¡Ay, corcel, corcel mío, tú eres mi consejero! Aconséjame y te venderé a bajo precio por cien chervonetzs". El caballo era rodado, de pescuezo esbelto, con cintas rojas en la crín y me cantaba al oído que no lo vendiera y que no lo olvidara. Sentí junto a mi oreja sus delicados y tiernos labios. La letra en su honor quedará grabada en mi mente por siempre: "¡Ay!, ¿has olvidado acaso nuestra vida de guerreros, cuando arremetíamos contra las hordas perseguidos por los turcos, que no iban solos sino a medias con los tártaros? Arriáronnos, pués sí, hasta el mismo Danubio sereno, hasta la costa brava,— Noche Buena..."

¿Que hacer? Ya relinchan los corceles enemigos en el Danubio y las flechas hostiles anuncian mi destino cruel. Abriendo desmesuradamente los ojos sentí por un momento como si una fuerza me alzase del banco, sacándome de la casa y montándome en el caballo, y fué entonces que mi montura

saltó con un "He cruzado el Danubio, el Danubio he cruzado, ni los cascos he mojado, ni del sable el cabo, ni a mí, el bravo,— Noche Buena..."

Vuelvo del Danubio a casa, miro en derredor: mamá canta hamacando un niño y sus deseos eran no estar en casa. Era algo distinto a lo cotidiano, cual si ella misma estuviese volando en las inmensidades de su corazón. Del otro lado de la ventana, las mozas, bajo el cielo estrellado de invierno. ¡Oh, qué belleza! Y el Danubio anchuroso y profundo. Su agua fría chisporroteando. Del otro lado los turcos y los tártaros, feroces por haber sido pisoteados tanto, por mi corcel.

Luego cantaban otras muchachas y unas terceras. ¡Cuántas cosas oí de mí! Ora juntaba tropas por allí haciendo retumbar la tierra, ora forzaba portales de ciudades enemigas, ya araba la tierra con águilas grises y sembraba campos con perlas menudas. Y levantaba puentes de chillas, y tendía tapices de seda, y ofrendaba mi corazón a una doncella de allende el Danubio, de allende el Danubio amaba a una princesa. Al cruzar bosques, éstos susurraban. Al pasar puentes, éstos tintineaban. Yendo por ciudades, las gentes me acogían, me felicitaban,— Noche Buena..."

Luego, somnoliento, me llevaban a la *pich* *. Allí me dormía, sobre los cereales, entre canciones, abrazando fuertemente a mi corcel rodado. Juraba dormido, no venderlo nunca, por nada en el mundo. ¡Ay, caballo, caballito mío, no te venderé jamás! Por más que sufra, por más que me acorralen tur-

---

* *pich*: especie de horno — estufa, con un poyo adosado en su parte superior que sirve para el secado de cereales y también se utiliza para el descanso durante el invierno.

cos y tártaros en cualquier feria, no me separaré de tí, por ningún precio.

Así eran nuestros caballos.

Pasó la segazón y la cosecha. Para la Salvación de Jesús, maduraron las peras y las manzanas. La frambuesa y la cereza ya habían pasado. Me hicieron unos pantalones largos y me llevaron a la escuela.

El maestro Leontiy Sozonovich Opanasenko era una persona vieja, nerviosa y severa quizás. Usaba botones de oro y cucarda. Me pareció un gran señor, no inferior al jefe de policía o al juez. Era más alto que papá y esto le concedía una fuerza terrible.

— ¿Es tuyo?,— le preguntó a mi padre, echándome una mirada macilenta por arriba de los anteojos.

— Sí... perdone, es mi muchacho, o, como decirle, mi menorcito,— contestó papá con voz silenciosa y ajena, resignada, como si estuviese en la iglesia.

— ¿Cómo se llama?

— Alejandrito.

— A tí no te pregunto. Que conteste solo,— dijo el maestro con voz de juez de instrucción y me atravesó con una mirada de su ojo gris.

Yo no abría la boca. Papá también estaba como asustado.

— ¿Y?

Me prendí con una mano de los pantalones de papá y con la otra de mi gorra, y quise decir mi nombre, pero había quedado sin voz. La boca estaba vacía y seca.

— ¿Como has dicho?,— se enfurruñó el maestro.

— Alejandrito, susurré.

— ¡Alejandro!...— exclamó el maestro mirando con descontento a mi padre. Me volvió los ojos y me hizo la pregunta más tonta y torpe que hubiera podido hacer un maestro popular.

— ¿Como se llama tu padre?

— Papá.

— Sé que es papá. ¡¿Cómo es su nombre?!

¿Qué diría Ud.? Nos miramos con mi padre y comprendimos que el asunto marchaba mal. Aunque papá conservaba un poquito de esperanza.

— Bueno, hijo, dí como me llaman. ¡No temas!

Empecé a mover desesperadamente la cabeza y di una vuelta tan vertiginosa que casi me caigo, si no hubieran sido los pantalones de papá. Se me hizo un nudo en la garganta. Y comencé a sentirme mal, muy mal.

— ¡Dilo, pues, no te muevas como un trompo! ¿Por qué callas? — Papá quería soplarme su nombre, pero sintió vergüenza también.— No lo dirá, perdone usted, pero es pequeño aun. Además es vergonzoso.

— ¡Lo que pasa, es que no es desenvuelto!,— dijo el irrazonable maestro.

Nos retiramos.

Ocurrió esta historia hace muchísimo, cuando no poseíamos sentido común. En ese entonces, no sabía aun que todo pasa, se olvida y se pierde con el andar contínuo de las horas. Que todas nuestras aventuras y acciones corren como las aguas entre las orillas del tiempo.

¿No estaré alabando demasiado a mis viejos caballos, a mi aldea natal y a mi vieja casa? ¿No estaré equivocado en mis recuerdos y sentimientos?

No. No soy un adicto ni de la antigua aldea, ni de la gente de antaño, ni de lo antiguo en general. Yo soy hijo de mi tiempo y por entero pertenezco a mis contemporáneos. Cuando regreso a veces al pozo donde bebía agua en tiempos idos y a la blanca y afable casita, enviando al pasado lejano mi bendición, cometo el "error" que cometen y cometerán mientras el mundo exista, las almas populares de todas las épocas y pueblos al recordar el inolvidable encanto de la infancia. El mundo se abre a los ojos claros de los primeros conocimientos, todas las impresiones de la existencia se unen a una armonía eterna, humana, preciosa. El hombre siente tristeza y congoja cuando ve marchita y ciega su imaginación, cuando al volver a las fuentes más caras de su infancia y juventud no ve nada querido, singular, nada que lo abrigue, que provoque alegría o al menos pesar. Es insignificante aquél, por más alto que sea el puesto que ocupe, e insignificantes son sus actos si no están abrigados por los cálidos rayos del tiempo.

El presente está en el camino del pasado al futuro. ¿Por qué he de despreciar el pasado? ¿Acaso para enseñar a mis nietos a odiar mi querido y santo presente que será algún día, en la gran época del comunismo, su pasado?

Hubo en el pretérito de mis padres, muchos sollozos, tristezas y desdichas. Las esperanzas confusas y las vanas aspiraciones encontraban su tumba en el aguardiente y las riñas. Lo más que les ofrecía el destino era trabajo, trabajo duro. Todos pasaron sus vidas infortunadamente, cada uno a su manera: mi bisabuelo, mi abuelo, mi padre y mi madre. Y así, pareciera que todos ellos nacieron para amar y tuvieron dotes para ello. Pero

quizás no hallaron uno al otro o quizás fué el hastío y entonces, una bruja hechicera les trajo cólera y odio, cosas que aborrecieron toda su vida. Y toda una vida fueron incesantemente fastidiados por visiones engañosas que los alarmaba inutilmente. Sus vidas fueron doloridas, como las de los antiguos. No sabían como cambiarla y aceptando lo que el destino les ofrecía, no se aconsejaban.

Ocurrió esto hace ya tanto que se disipó en la lejana tiniebla del tiempo, como un sueño, perdiéndose. Sólo el Desná imperecedero quedó en el cansado recuerdo. Río santo y límpido de mis inolvidables años infantiles, de mis ensueños.

Ya no existen ríos como lo eras tú en ese entonces, mi Desná. No existen. No existen misterios ni tranquilidad. Está claro por doquier. No existe ni Dios ni el diablo y siento pena que no existen en los ríos ni rusalcas ni aceños. En cambio, durante los días calurosos, hay muchos veraneantes en calzoncillos que molestan, quizás por despecho, a la gente trabajadora. De otra manera no me puedo explicar por qué siento tanta vergüenza descansar allí donde la gente trabaja.

En aquel entonces el Desná era un río hondo y rápido. En él no se bañaba nadie y en sus arenas casi nadie se revolcaba desnudo. La gente no tenía tiempo. Eramos entonces muy trabajadores. Las muchachas no se bañaban incluso para las fiesta. Tenían vergüenza de sacarse las blusas. Los hombres, desde tiempos remotos, no tenían costumbre de bañarse. Las mujeres temían que las aguas del río les quitasen la salud. Nos bañábamos tan solo los niños. El Desná era como una virgen entonces, y yo, un muchachito lleno de admiración con sus ojos verdes desmesuradamente abiertos.

Bendito seas mi purísimo y virginal Desná, ya que al recordarte a través de tantos años, siempre me siento más bueno, infinitamente rico y generoso. Son tantísimos los regalos que me has hecho durante toda la vida...

¡Lejana belleza mía!... Feliz de mí que nací en tus orillas, que en años inolvidables bebí tus aguas suaves, alegres y grises, que deambulé descalzo por tus terraplenes de cuento, que oí tantos relatos pesqueros en tus botes y tantas leyendas de antaño en boca de los ancianos, que hube contado tantas estrellas en el cielo reflejado en tus aguas, y que aun hoy, no perdí la felicidad de ver esas mismas estrellas incluso en los charcos cotidianos de los caminos de la vida.

1954—1955

CONTENIDO

Olexandr Dovzhenko. Prefacio de Maxim Rillskiy 5
El Desná encantado 11

Александр Довженко
ЗАЧАРОВАННАЯ ДЕСНА
Повесть
На испанском языке

Видавництво «Дніпро».
Київ, Володимирська, 42.

Redactor:
Juan Borysiuk
Autor del retrato.
Vasil Chebanik
Diseñador artistico:
Boris Tulin

Київський
поліграфічний
комбінат
Комітету
по пресі при
Раді Міністрів
УРСР.
Київ, Довженка, 3.

У2
Д77

7—3—3
478-71М